

LA BIBLIOTECA

de Carlos Maggi

Fue estrenada por Teatro del Pueblo en las Jornadas de Teatro Nacional auspiciadas por la Comisión de Teatros Municipales el 22 de agosto de 1959 en el Teatro Victoria bajo la dirección de Ruben Yáñez. Escenografía y vestuario: Teresa Vila y Carlos Carvalho, actuando el siguiente reparto:

Martínez	Ruben Torres
Subdirector	Omar Scarone
Secretaria	Leonor Alvarez Moneo
Monteiro	Jorge Besga
Limpiador	Enrique Labat
Director	Juan Carlos Carrasco
Maria Zulema	Mari Vázquez
Lector Español	Gustavo A. Castro
Estela	Yuki Valdés
Sastre	Jorge Pereyra
Empleado 1°	Weimar Rodríguez
Empleado 2°	Omar di Lorenzo
Mozo	Ruben A. Sosa
Marcuciano Perluchino	Omar di Lorenzo
José Luis	Fernando Ruiz
Estudioso	Gustavo A. Castro
Ema	Margarita Muñoa
Amigo del Director	Ruben A. Sosa
Crítico	Ruben Yáñez
Ingeniero	Omar Scarone
Obrero 1°	Omar di Lorenzo
Obrero 2°	Weimar Rodríguez
Voz del Orador	Julio Machado

La biblioteca
Tres actos

ACTO PRIMERO

*Pleno verano hacia 1917 ó 18. Sala de la Dirección de la biblioteca.
Puerta doble en la pared del fondo, puerta pequeña en la pared de la derecha y ventana muy iluminada del lado izquierdo. Mesa escritorio del*

Director, mesita de la secretaria, varios sillones, etc.

Antes de levantarse el telón, se oyen algunos compases de una marcha militar.

En escena, la indolencia de una oficina pública, aunque de pronto, al terminar la banda, Martínez se coloca pomposamente detrás del escritorio e inicia la parodia de un orador que es alentada por el Subdirector, la Secretaria, Monteiro y el Limpiador con risas y exclamaciones de apoyo: ¡Bravo! ¡Bien! ¡Eso! ¡Apoyado!, etc.).

MARTINEZ — Señor Director don Schopenhauer Pérez, Señor Subdirector don Esteban Fattori, aquí presente (el Subdirector saluda) también conocido por El Chivo Viejo (gesto de contrariedad del Subdirector) señoras, señores: (muy bien, etc.). Colocaremos hoy la piedra fundamental del nuevo edificio de la biblioteca ¿Qué es la piedra fundamental? Es una piedra que cuando se pone, el edificio no se empezó a construir con ella; y que si se saca después de hecho, al edificio no le falta nada.

Señores: la piedra fundamental es la única piedra que no es fundamental (grandes exclamaciones de aprobación. El Limpiador toma una bandera que es taba apoyada en el rincón, la despliega y la coloca en su soporte, al costado del orador, junto a la mesa escritorio) ¡ Pueblo..., pueblo! (busca en sus bolsillos). ¡Pueblo!... Hela aquí (junta los dedos pulgar e índice los muestra) sobre esa piedra construiré mi biblioteca (exclamaciones). Nuestro país es país de justicia, de democracia, de libertad. Piedra libre, pues, a la biblioteca que se haga sobre esta piedra (echa al aire, de un papirotazo, la piedrecita imaginaria). Piedra libre al Chivo Viejo detrás de su barbita (gesto de contrariedad del Subdirector) y Dios te libre del Chivo joven detrás de su mesita (ovación).

LIMPIADOR — ¡Cuidado! ¡El Chivo joven! (breve silencio).

DIRECTOR — (Entrando). Buenas tardes. (Es un hombre eficiente, ejecutivo, con autoridad).

TODOS — Buenas tardes.

SUBDIRECTOR — ¿Cómo está, señor?

DIRECTOR — Bien, gracias. Se oían ruidos desde afuera..., supongo que serian los preparativos para la ceremonia.

SUBDIRECTOR Sí, señor, los preparativos..., la banda...

LIMPIADOR — Coloqué la bandera.

DIRECTOR — Nunca creí que hiciera tanto escándalo una bandera tan chica. Martínez: vaya arriba y pida prestado el caminero de la Sociedad Progreso, aquel rojo que nos facilitaron cuando la donación Menéndez. Lo hace colocar en el zaguán y cierra la puerta principal hasta que llegue el momento del acto. No quiera que aparezca con pisadas cuando recibamos al Secretario General.

MARTINEZ — Va a estar hecho una virgen, señor (vase).

DIRECTOR — Monteiro, encárguese de que la banda destaque a alguien en la esquina para que avise. En el momento de detenerse el coche del Secretario General debe empezar la música. Ni antes ni después. Tiene que ser en ese instante. Procure el efecto psicológico. (Vase Monteiro. Al Subdirector) Don Esteban: convendría que usted

LIMPIADOR — Si me permite señor.

DIRECTOR — Diga...

LIMPIADOR — Tenemos un problema. No hay salivadera.

DIRECTOR — ¡Pero hombre!

LIMPIADOR — Se lo digo porque el señor Secretario General es escupidor. Yo lo he visto. Habla un poco y... tac.

DIRECTOR — ¿Qué se hicieron las que habla?

LIMPIADOR — No hubo nunca ninguna. Aquí nadie escupe.

SUBDIRECTOR — Es un lugar de cultura, señor.

DIRECTOR — Señora de Luppi, hágame el favor. Mande comprar un... recipiente de ese tipo- Encárguese de que esté rápido. Yo tengo el discurso, y todavía, me parece que...

SUBDIRECTOR — Perdone, director, pero no creo que se pueda comprar un recipiente de ese tipo. No hay recursos para eso.

DIRECTOR — Bueno, no tiene importancia que quede como está.

LIMPIADOR — Mire que el Secretario General es escupidor y no es broma, eh. Nos va a dejar la alfombra a la miseria.

DIRECTOR — Esas cosas no tienen trascendencia. Hay que atender a lo fundamental y lo demás no importa.

SUBDIRECTOR — (Casi para sí) Tanto como eso, no diría-

DIRECTOR — (Inquietándose). ¿Usted cree, don Esteban?

SUBDIRECTOR — Convendría tener una. Es elemental. Es el uso. Es de cortesía.

LIMPIADOR Si quiere le saco la pantalla a la lámpara, la doy vuelta y la pongo en el suelo. Es casi igual.

DIRECTOR — ¡No hombre! Sería indecoroso. Además la pantalla tiene un agujero en el medio. Señora, realmente, ¿no hay nada en caja?

SECRETARIA — Dinero hay. Unos cien pesos tenemos, pero...

DIRECTOR — Mande comprar una, entonces.

SUBDIRECTOR — Pero no hay rubro.

DIRECTOR — Necesitamos un objeto, y eso se compra con dinero. Dinero hay. Lo pagamos y listo.

SUBDIRECTOR — Si no hay rubro, no hay rubro. Para algo existen los rubros.

DIRECTOR — Es ridículo, don Esteban...

SUBDIRECTOR — Será, Pero lo otro configura una típica malversación de fondos y no quiero hacerme cómplice. Es grave.

DIRECTOR — ¿Y qué hacemos, entonces? ¿Tenemos atorado al Secretario

General o dejamos que el Secretario General nos deje la alfombra hecha un de. sastre?

SUBDIRECTOR— Alguna solución habrá que no sea trasponer rubros. Está expresamente prohibido en artículo 96 inciso 9 de la ley de ordenamiento financiero. Malversación típica. Si no hay rubro, no hay rubro. Para algo existen (pausita).

DIRECTOR — Aquiles: vaya a comprarla. Dele cuatro o cinco pesos de la caja, señora. No puede costar mas. (Salen la Secretaria y el Limpiador).

SUBDIRECTOR — Si me permite, preferiría retirarme a casa. Creo que no *me* siento bien. Hoy, estoy.

DIRECTOR — Señor Fattori. Usted comenzó de portero y hoy es subdirector. 34 años de antigüedad ¡e ponen a cubierto de todo.

SUBDIRECTOR —. Sí, pero yo...

DIRECTOR — ¿Qué le parece si va a la Oficina Central y viene con el Secretario, acompañándolo? Es lo que iba a pedirle; que me ayudara con esa cortesía. Piense que de la visita de hoy depende mucho.

SUBDIRECTOR — Director, no se distraiga: le juro, que eso es malversación. Todavía esa juventud lo va a perder a usted.

DIRECTOR — Es más fácil que yo pierda mi juventud y no que ella me pierda a mí. Vaya, don Esteban, vaya tranquilo a buscar al Secretario General y acompañelo hasta aquí. Y no se asuste por esta compra. El problema es hacer cosas fundamentales, fundamentales como la piedra fundamental.

(Sale el Subdirector y el Director se sienta a su mesa y comienza a repasar su discurso, cuyo borrador sacó del bolsillo. Lee calladamente, pero hace grandes gestos).

SECRETARIA — (Entrando) Señor... esta...

DIRECTOR — Sshhhss.. (con respecto a su discurso) ¿Cómo quedará mejor? ¿En este momento crucial o en este momento trascendental?

SECRETARIA — Crucial es más corto.

DIRECTOR — (Corrigiendo) De veras (oratorio). En este momento crucial...!

SECRETARIA — Señor... esta...

DIRECTOR — No tengo tiempo de recibir a nadie. Mire la hora que es. El acto empieza a las seis y tengo esto para corregir y pasar en limpio.

SECRETARIA — Pero es la directora de la revista. Si le digo que está ocupado entra igual.

DIRECTOR — ¿Quién?

SECRETARIA ~ (Imitando la ampulosidad de M. Z.) La señora María Zulema Alcanfor de Strauch.

DIRECTOR — ¡Ah!... ella... Sí, dígame que pase.

SECRETARIA — (Desde la puerta) Adelante, señora. (A partir de este instante el ritmo se hace progresivamente vertiginoso).

MARIA ZULEMA — Director... (familiar) ¿Cómo estás, Penoché?

DIRECTOR — ¿Y esa Vocación Azul?

MARIA ZULEMA — Suprema. Tenemos el número 14 casi pronto. Colaboraciones inéditas de dos poetas franceses, jóvenes. Desgraciadamente, uno de ellos residente en Buenos Aires (comienza a sonar el teléfono), pero escribe en francés felizmente. Así que va traducido, también. Tenemos una epopeya de la Baja Normandía, que es un amor, toda en endecasílabos modernistas, influencia patente de Rubén en Francia porque.

DIRECTOR — Perdón (Va a atender el teléfono). Sí, Schopenhauer Pérez. Sí, Isabel... sí... (Pausa). Sí, claro, claro... (Pausa). Sí, con un reborde para adentro..., exacto, lo que yo pen... (Pausa). Sí, querida, de acuerdo. Un rebordecito chico. Perfecto. Sí... Sí..., Bueno... ¿ahora son? Son casi las cinco y media. Digamos a las siete. (Pausa). Por la ceremonia, rec...?

Sí, Isabel, sí, sí, sí (Pausa) Siete en punto, en cuanto se va el Secretario, eh. Hasta ahora, querida. Hasta... luego lo hablamos tengo el discurso por... (Pausa), Hasta lueguito. Claro, bobita, mucho. Hasta lueguito. Mmuña mmuña mu...

MARIA ZULEMA — ¡Amor! No te llame amor
aquél que no corresponde
pues no hay materia donde
no imprima forma y rigor.

DIRECTOR — (Tomando el retrato de sobre el escritorio) Era Isabel... nos casamos el sábado que viene. .. es un ángel!

MARIA ZULEMA — ¡Amor! No te llame amor
aquél que no corresponde
pues no hay materia donde...

DIRECTOR — Me parece que esos versos están mal medidos.

MARIA ZULEMA ¡Pero Penoche! Son de Calderón.

DIRECTOR — ¿De Calderón?

MARIA ZULEMA — Bueno..., de él o de Lope... ¿O son de Gracián?

DIRECTOR — Las sílabas. . . huta. . . Si no estuviera tan apurado...

SECRETARIA — (Desde la puerta) Señor, si me facilita el original del discurso puedo pasarlo.

DIRECTOR — No; necesita retoques. En seguida lo termino (sale la Secretaria).

MARIA ZULEMA — Estás ocupado, querido. Me voy. Vuelvo otro día. No pensé que justo hoy...

DIRECTOR — Bueno, es que hoy, justamente...

MARIA ZULEMA — Venia a recoger tu poema, ¡tan hermoso! tan hermoso y tan sentido, tan.

DIRECTOR — Sí, querida, pero hoy, no sé si está, enterada...

MARIA ZULEMA — Imborrable, para mí, ese poema. Era algo en homenaje al pueblo belga ¡Invasión! Me acuerdo perfectamente. Nunca me dolió tanto la invasión de Bélgica. ¿Cómo se llamaba? ¿El canto del santo o el cielo del violoncelo? ¿Cómo era Penoche? ¡Me pareció tan musical! Tan... Tan..., lo tengo en la punta de la lengua... ¿La arpía del arpa? ¿El vano del piano? ¿El majo del contrabajo? ¿Cómo era? Lo tengo patente. ¿El horno del corno? ¿La

ruta de la batuta?

DIRECTOR — Lo titulé: El héroe del óboe (entrando en clima). Visión impresionista y moderna, meditación lunática sobre las ruinas de Bélgica.

MARIA ZULEMA — ¡Qué hermoso, Penoche! ¡Qué hermoso!

DIRECTOR — ¿Recuerdas el pórtico? Te dije los primeros versos hace dos años... Barrunto junto al barrial, vasto rastro sideral, sinfonizando.

LIMPIADOR — (Irrumpiendo con un paquete que trae como un trofeo). ¡Señor! Compramos la escupi...

DIRECTOR — (Espantado) ¡Aquiles!

LIMPIADOR — ¿Qué?

DIRECTOR — ¿Qué trae?

LIMPIADOR — Traigo la escupi...

DIRECTOR — (furioso) ¡Basta! Deje eso allí y retírese.

LIMPIADOR — (Murmurando) El dice que la compre, la compro. Ella me dice que entre, entro. ¿Por qué grita entonces? ¿Quién los entiende?

DIRECTOR — (Conciliador) Aquiles: está bien lo que hizo. Deje el paquete no más, ahí arriba.

SECRETARIA — (Desde la puerta) Señor, falta menos de media hora para las seis.

DIRECTOR — ¡Ah, sí, el discurso! Realmente tengo que apurarme!

MARIA ZULEMA — Penoche. .. ¡cuánto tienes que hacer!... Tendría que irme, ya sé, pero tus versos son tan hermosos, que me transportan. Te lo juro, me transportan. Son tan... tan... ¿Cómo diría? ¡Tan hermosos! Tan, tan...

DIRECTOR — (A la Secretaria) En seguida nos ocupamos del discurso, señora, Aquiles, ¿la banda está pronta?

LIMPIADOR — Desde hace horas y pusieron a uno en la esquina para que avise. Yo traje la... Así que está todo.

DIRECTOR — Bueno. Maria Zulema, tú lo ves, realmente, ahora...

MARIA ZULEMA — Comprendo. Estás ocupado. ¿Me puedes dar el poema? Lo quisiera para este número de Vocación Azul porque... es tan..., tan...

LIMPIADOR — (Saliendo) Es tan, tan, tan, tan, tan..., debe ser una campana. (Suenan el teléfono)

DIRECTOR — (Mientras va a atender) Para serte franco, María Zulema, no lo tengo, lo que yo llamo, terminado. (Al teléfono), sí, yo, yo querida. Te oigo muy mal, habla más fuerte. Sí, Isabel. . . sí. (Pausita). Sí. . para adentro el reborde, pero chi... (Pausita). ¿Por qué?... yo digo que para adentro... ¿Te parece? ¿Sí? (A María Zulema). Quisiera retocarlo. Hay estrofas que todavía... (al teléfono). Sí, Isabel, claro. (A María Zulema) No sé, pero me parece que no siento completamente algunos versos (al teléfono). Claro, digo que sí, que claro... ¡para afuera! (Pausita). Bueno, llámala a ella. Que sí. Que hablo con tu madre! (A María Zulema) Hay un verso que me parece que tiene las sílabas mal contadas. (A la Secretaria que se asomó a la puerta y le muestra los papeles en blanco) Sí, señora, creo que tenemos tiempo. Es cuestión de un minuto y estoy en eso. (Al Limpiador que recién entrara y va a abrir la caja que antes trajera)

Aquiles. No abra eso. (Al teléfono) Sí, sí, sí señora. Bien ¿y usted? Dije, bien ¿y usted? Le pregunté como está. Me alegro. Sí, sí. ¡Holá, hola! Señorita, señorita, por favor, no corte. . . Sí, estamos hablando, sí. No corte, señorita. Sí, holá, holá. Ah, es usted. . . S, sí, sí, sí, sí, sí, claro (Pausita) Sí, sí, señora (Pausita). De acuerdo, con el rebordécito muy chico y para afuera (Pausita) ¿Grande? Yo también., cómo no (Pausita). Sí... (Mientras tanto el Limpiador ha sacado del paquete la salivadera de vidrio azul y la ha limpiado; María Zulema, se acercó al escritorio y ahora la toma en sus manos como si fuera un ramo de flores). (A María Zulema) ¡Pero María Zulema! Aquiles, lleve eso, por favor.

MARIA ZULEMA — ¡Qué hermoso, Penoche! ¡Qué hermoso! ¡Un búcaro azul! Parece pensado por Amado Nervo.

DIRECTOR — Sí, un búcaro azul para poner rosas (Al teléfono) ¿Cómo? No. . dije que sí, que va a parecer hermosa. (Pausita) Claro... con el rebordecito grande y para afuera. De acuerdo. . si, sí. . (Pausita. Bueno. . . a las siete, cuando se vaya el Secretario General. . . Claro, la piedra fun. . (Pausita). Sí, porque ya expro. . (Pausita). Hoy, si a las seis, no! Yo voy a las siete. Sí, Hasta luego. Hasta luego. Hasta luego.. mamá.

SECRETARIA — (Que estaba asomada a la puerta) Está el doctor José Carlos de Guiñazul, Marqués de Cierraceño; hace rato que llegó y se impacienta. Monteiro tiene algo urgente que hablar con usted. Recién vino además una señorita que quiere esperar. Ya le dije que usted debe terminar su discurso (mirando a M. Z.) y que la ceremonia se nos viene encima. Pero insiste. Es del tipo de las cargosas.

DIRECTOR — Y... qué... ¿qué hora es?

SECRETARIA — Cinco y media pasadas.

DIRECTOR — Tengo que apurarme realmente. Cierre esas celosías, entra un resplandor que duele.

MARIA ZULEMA — Estás ocupado...

DIRECTOR — No, no es eso. Es que estoy ocupado.

MARIA ZULEMA — Mejor me voy, ¿eh?

SECRETARIA — Por aquí, señora.

MARIA ZULEMA — ¿Y los originales? Dámelos así, si... dámelos, Penoche.

DIRECTOR — Señora de Luppi, haga pasar a esa gente. A todos. Vaya. Yo mismo entorno ¡as persianas.

SECRETARIA — ¿A todos?

DIRECTOR — Sí, a todos al mismo tiempo así vamos más rápido. ¡Si por lo menos no hiciera tanto calor! ¿Qué hora es?

(Entorna las persianas, entran la secretaria, el Lector Español, Monteiro y Estela. Tras ellos el Limpiador que lleva un recipiente con agua. A lo largo de la siguiente escena pondrá agua en la salivadera y la bajará del escritorio, donde la había puesto María Zulema, al suelo).

DIRECTOR — Mucho gusto, señor.

LECTOR ESP. — (Corrigiéndolo) Doctor, doctor José Carlos de Guiñazul,

Marqués de Cierraceño, español, naturalmente.

DIRECTOR — Encantado, tome asiento. (Aparte) ¿Cual es su asunto, Monteiro?

MONTEIRO — La final, director. Se juega el sábado.

DIRECTOR — ¿Qué final?

MONTEIRO — Nos jugamos el ascenso a segunda división.

DIRECTOR — ¿El qué?

MONTEIRO — El ascenso. Hoy hay práctica y tengo que ir. Imagínesse la responsabilidad que tenemos el sábado.

DIRECTOR — Míreme a mí. Tan fresco y el sábado me caso.

MONTEIRO — ¿Y no practica? Digo... no... ¿no hace preparativos?

DIRECTOR — Estoy aquí de preparativos.

MONTEIRO — Ya ve. Hay que prepararse. ¿ Puedo ir, director? Es el ascenso a segunda.

DIRECTOR — ¿Y quién estará atendiendo la sala de lectura cuando venga el Secretario General?

MONTEIRO — Lo mejor sería cerrar la sala esta tarde, ¿quién va a leer con la banda tocando en el patio? Además, no creo que haya ningún lector. Hace tres o cuatro días que no viene nadie. Si esto fuera un boliche ya se habría fundido. Además, director, si el Secretario General la ve varía se va a dar cuenta que esto. . . Va a ser peor.

DIRECTOR — Está bien, vaya; vaya no más. Cierre la sala antes de irse y vaya.

MONTEIRO — Me siento como nunca para entrar driblando entre los backs. (Sale como bailando con una pelota imaginaria).

DIRECTOR — Perdón por la interrupción. Creo que a usted no la saludé, señorita, Perdóneme.

ESTELA — Estela Grisel, traigo esta tarjeta para usted.

DIRECTOR — (La saluda) Mucho gusto, seño... (Oye murmullos y ve al Limpiador y a M. Zulema que desde hace unos instantes porfían a propósito de la salivadera, él, empeñado en dejarla en el suelo y ella volviéndola a colocar sobre el escritorio. El Director interrumpe el saludo y hace un gesto, negando).

LIMPIADOR — (Abandona el ir y venir de la salivadera). ¡Pero, Director! El Secretario va a tener que pararse cada vez. ¿Y si le erra, estando aquí en la mesa?

MARIA ZULEMA — (Dejándola sobre la mesa) ¿Aquí, verdad? Junto a tu talento que mana, como otra fuente de inspiración, el búcaro azul.

SECRETARIA — (Con odio) Póngalo bien cerca del retrato.

DIRECTOR — Es lo mismo. En cualquier parte. ¡ Estoy tan apurado y hace tanto calor! (Sale el Limpiador murmurando entre dientes) ¿Usted me ha dado esta tarjeta, señor? (A la Secretaria) ¿Qué hora es? (A Estela). No. Fue usted quien me dio la tarjeta (La lee). Mmm. mmm, mm... ¡Ah! Mucho gusto, señorita Grisel.

MARTINEZ — (Desde la puerta) Hay que una persona que trae algo para

usted, Director y quiere verle.

DIRECTOR — Que lo deje. Estoy ocupado. (Sale Martínez) (A Estela) Así que usted es.

ESTELA — (Demasiado fuerte) Amiga de la infancia de la hermana del embajador de Costa Rica.

MARTINEZ — (Desde la puerta) Dice el mensajero que es el frac que usted alquiló para el sábado y que tiene que probárselo y firmar la conformidad.

DIRECTOR — (A. la Secretaria) Señora; arregle eso, por favor. (A Estela) Así que usted es...

SECRETARIA — Es amiga de la infancia de la hermana del embajador de Costa Rica. (Sale),

LECTOR ESP. — Usted perdone... pero tengo cierta prisa y ya van.

DIRECTOR — (Al lector) Mucho gusto. Mucho gusto, señor.

LECTOR ESP. — Doctor. Doctor José Carlos de Guiñazul, Marqués de Cierraceño, para servirle.

DIRECTOR — Encantado. Tome asiento.

LECTOR ESP. — Venía a verle, mi director —permitirá que le diga así— venía a verle, porque en este repositorio se halla, a no dudarlo, un raro ejemplar de la colección de grabados del que fuera a su vez maestro ejemplar en su arte, vale decir.

MARIA ZULEMA — ¡Penoche!... ¡Penoche! Me parece que estás ocupado. Mejor me voy, ¿verdad?

DIRECTOR — (Corre hacia ella) Sí, querida. Mejor vienes otro día. Mañana. Cuando tú quieras. Lo estás viendo, estoy abrumado.

MARIA ZULEMA — ¿Y tu poema? No me voy sin tu maravilloso “Atleta de la Trompeta”.

DIRECTOR — Héroe del óboe... (Llevándola). Mañana María Zulema. Vuelve mañana. Tú ves, estoy apurado.

MARIA ZULEMA — (A ¡os visitantes) Es un maravilloso, maravilloso poeta. Un gran poeta, aunque se case el sábado. Hasta mañana. Penoche. ¿En serio ‘io me das ahora el poema? Penoche... (gesto de negativa del Director) ¡Malo. . .! (sale).

SECRETARIA — (Llevándolo aparte) Señor: el hombre del frac insiste. No puede dejarlo sin antes hacerle una prueba.

DIRECTOR — Que espere. No faltaba mas.

SECRETARIA — La casa cierra a las seis y él tiene que estar de vuelta antes de esa hora. Dice que lo prueban hoy o no se comprometen a que esté para el sábado.

DIRECTOR — Que espere por lo menos unos minutos; ¿qué hora es? Estoy sudando a chorros (acercándose mientras se seca la cara y el cuello) As! que usted es...

(Al mismo tiempo).

LECTOR ESP. — Doctor José Carlos de Guiñazul, Marqués de Cierraceño, para servirle.

ESTELA — La amiga de la infancia de la hermana del embajador de Costa Rica.

LECTOR ESP. — Hable usted, señorita, que lo cortés no quita lo apurado y ante la gracia me rindo.

ESTELA — ¡Por favor! Yo no tengo apuro. Pienso que voy a quedarme años por aquí.

DIRECTOR —, Usted dirá marqués, digo, doctor...

LECTOR ESP. — Pues... como comenzara a explicarle: tienen ustedes en este repositorio una admirable colección de grabados del eminente Piranesi, dibujante eximio si los hay y como usted sabrá el creador de la perspectiva aérea. Juan Bautista Piranesi, Venecia, **1720-1778**.

DIRECTOR — De eso estoy enterado... Pero usted venía...

LECTOR ESP. — Verá usted... Es interesantísimo... . Vuestra admirable colección comprende, entre otras piezas de destacado valor, una lámina de singulares méritos en sí y en especial para mí, aunque más que para mí, a título personal, para mi casa, entendiéndolo por casa —demás está precisarlo— la prosapia entera, genealógicamente hablando, vale decir: para quienes llevan mi apellido y mi sangre.

DIRECTOR — Claro, entiendo. Pero usted desea...

LECTOR ESP. — Es muy gracioso aunque, claro, me obliga a hacer un poco de historia. Corría el año de 1653, cuando en una escondida aldehuela de Siena, una muchacha, a la sazón de 17 años, casó con un joven capitán de los tercios. Ella era graciosa, gentil, llena de frescura. Él, un mocetón recio y...

DIRECTOR — Perdón que lo interrumpa, ¡pero estoy tan apurado!, quiero decir, ¡tan urgido! No sé si está enterado, hoy. . . dentro de instantes, se pone la piedra fundamental del nuevo... (va hasta la puerta) Usted perdón (gritando) Señora: ¿qué hora es?

LECTOR ESP. — ¡Pero hombre! ¡No son más que as seis menos veinte!

DIRECTOR — Si pudiera abreviar, señor, digo marqués. Perdón, doctor.

LECTOR ESP. — ¡Caramba, señor Director! He venido a verle a usted a las cuatro y media, es decir hace más de una hora. Después de semejante antesala lo menos que podría hacer usted sería escucharme, ya que no exijo que me complazca en aquello que vengo a solicitar.

DIRECTOR — Pero si lo que quiero es complacerlo. Pero en seguida.

LECTOR ESP. — Me alegra comprobar su excelente disposición y se la agradezco. .. Como le expresé: fue en Siena hacia el año 1653. Ella era fresca, gentil, graciosa, le...

DIRECTOR — Por favor, señor. Dígame concretamente qué desea.

LECTOR ESP. — ¡ Pero si no me escucha usted! Cuando comienzo a hilvanar mis frases, me interrumpe.

DIRECTOR — Sea breve, se lo suplico.

LECTOR ESP. — Yo le suplico a usted que trate de acompañar mi pensamiento.

DIRECTOR — Usted quiere examinar los grabados de Piranesi, ¿no es eso?

LECTOR ESP. — En cierta manera si y en cierta manera no. Y además, tengo testigos de que fui yo quien se lo dijo. Aunque usted no me permita explicarle los cómo y los por qué... Yo...

DIRECTOR — (A la Secretaria) ¡Señora de Luppi!

SECRETARIA — Señor... (entrando).

DIRECTOR — Dígale a Monteiro. No. Monteiro salió con autorización. Dígale a Martínez que venga. Rápido, por favor.

SECRETARIA — ¿Qué hago con el hombre de la sastrería? Insiste en irse.

DIRECTOR — Que espere dos minutos. Entretén-galo.

SECRETARIA — (Hacia adentro) ¡Martínez! El director. . . (Entra Martínez.)

DIRECTOR — Martínez, el señor quiere consultar los grabados de Piranesi. Si me hace el favor...

MARTINEZ — ¿Ahora los quiere consultar?

DIRECTOR — Sí, Martínez.

MARTINEZ — La sala está cerrada.

DIRECTOR — Abrala.

MARTINEZ — Además, si son grabados están en el sótano y el que sirve de esa colección es Monteiro. Usted lo autorizó a salir, ¿no?

DIRECTOR — Vaya usted. Hágame el favor.

MARTINEZ — No sé si valdrá la pena. Quiero decirle: no sé si los encontraré.

DIRECTOR — Si pone buena voluntad, Martínez.

MARTINEZ — ¿Y vale la pena de que ponga buena voluntad?

DIRECTOR — Si yo se lo indico debe hacerlo.

MARTINEZ — Depende. No tengo que hacer todo lo que usted me indique.

DIRECTOR — ¿Se cree que va a ganar algo con esa actitud...?

MARTINEZ — ¿Y con la otra, qué ganaría? ¿Mejor sueldo? No, porque el presupuesto no lo hace usted.

Ascenso tampoco porque no hay vacante. Premios no están permitidos. Felicitaciones, ganarla, pero suyas; y el traje todo sucio de andar entre la tierra del sótano. Eso, ganaría, ¿qué me dice?

DIRECTOR — ¿Quiere ir o no?

MARTINEZ — Puedo probar. Si no es mucho lío... Dígale al viejo que venga.

DIRECTOR — Si me hace el obsequio, doctor. Este funcionario le va a facilitar el material.

LECTOR ESP. — Sí me permite, yo insisto en explicarle que yo.

DIRECTOR — (Terminante). Consulte los grabados y mañana conversamos (Salen Martínez y el Lector español). ¡Uf! Pensé. que no había manera de que se fuera. Tendrá que perdonarme la demora, señorita.

ESTELA — Me gustó esperar.

DIRECTOR — ¿Y por qué le gustó?

ESTELA — Estuve mirando cantidad de libros. A mí me encantan los libros.

En casa tengo uno.

DIRECTOR — ¿Ah, sí?

ESTELA — ¡Apasionante! Es una historia de amor. Un amor enloquecido, fogoso, ilegal. Pero más lindos son los folletines. Yo sigo cuatro.

DIRECTOR — La tarjeta dice que usted quisiera trabajar en la biblioteca.

ESTELA — Me gustan los “catálogos”.

DIRECTOR — Catálogos.

ESTELA — Me gusta la cultura. No sé por qué pero me gusta usted, ¡es tan culto! Estoy segura, trabajar a su lado debe ser encantador.

DIRECTOR — (Inquieto) ¿Sí?...

ESTELA — Usted es suave y duro al mismo tiempo. Estuve entretenida todo el rato viendo como da órdenes. Es un hombre de hierro y al mismo tiempo es suavcito.

DIRECTOR — (Halagado) Bueno... para eso estoy. ESTELA — Si yo trabajara aquí no podría apartar mi pensamiento de sus órdenes. Día y noche.

DIRECTOR — (De nuevo inquieto) Es muy joven para dedicar todo su tiempo a una biblioteca.

ESTELA — (Acercándose) ¿Y a qué debería dedicarlo si no?

SECRETARIA — (interrumpiendo. Con violencia). ¿Qué hago con el de la sastrería?

DIRECTOR — Que espete el de la sastrería.

SECRETARIA — No puede esperar. Y si se va, señor director (hecha una víbora) usted no va a poder casarse. .. el sábado,

DIRECTOR — ¡Pero, señora!

SECRETARIA — (Hacia la puerta) Entre. ¡Usted! Entre le digo.

(Entra el Sastre que saluda obsequiosamente. A o largo de la escena siguiente hará que el Director se quite el saco y le pondrá el frac que traía. Luego le arrancará las dos mangas al frac. Le arreglará a tirones las solapas. Le marcará como un pintor frente a su tela el talle y los botones, con tiza. Subirá o bajará los brazos del Director manejándolo como un muñeco, poniéndolo en posiciones absurdas. Lo seguirá siempre bailoteándole alrededor. Por fin le pondrá una manga y la ajustará con alfileres. Faltando la manga izquierda hará su entrada el Secretario General).

DIRECTOR — (Que hará caso omiso del Sastre o todo momento) ¿Qué decíamos, cuando nos interrumpieron?

ESTELA — Yo confesaba. . . que me gustaría trabajar con usted.

DIRECTOR — ¡Si será chiquilina! Está impresionada porque me encontré joven. Usted creyó que iba a encontrar un director viejito (se hace el viejo) con cara de viejito y voz tembleque de viejito.

ESTELA — ¡Lo adoro! ¡Usted es maravilloso! (ríe y lo toma de los brazos).

SECRETARIA — (Irrumpiendo) Quedan cinco minutos para que llegue el Secretario General,

DIRECTOR — ¡ Por favor, señora!

SECRETARIA .-- Quedan cinco minutos.

DIRECTOR — ¡Pero señora!

SECRETARIA — Señorita: el director no tiene tiempo.

ESTELA — Ya sé. Quedan cinco minutos, Usted lo (lijo dos veces.

SECRETARIA — Desde su punto de vista, señorita, falta menos. Faltan dos días. El director se casa el sábado.

DIRECTOR — ¡Margarita, no tenés derecho! Digo... ¡señora de Luppi!

(Entran Martínez seguido del Lector Español)

MARTÍNEZ — No se encuentra nada (*Se sacude*; Porquería. Estoy lleno de tierra.

DIRECTOR — ¿Qué es lo que no se encuentra?

MARTINEZ — El libro ese.

DIRECTOR — Señora, fuese ti... No, deje. Busque en los catálogos, Martínez.

MARTÍNEZ — Ya busqué. No está ni en los catálogos viejos, ni en las papeletas nuevas, ni en los libros clasificados ni en las fichas rosadas.

DIRECTOR — ¿Entonces?

MARTÍNEZ — Está en el catálogo que inventó el subdirector.

DIRECTOR — Bueno, ¿qué problema hay, entonces?

MARTÍNEZ — Casi nada. Eso lo entiende nada más que él. Si es que él lo entiende.

DIRECTOR — Es muy fácil, Martínez.

MARTÍNEZ — Fácil para usted. (Saca un papel) Busqué en la Pe. Pe de pi, de Piranesi. Muy bien. Como uno sabe el alfabeto, lo encontré. Dice: 23-4-5-7.

DIRECTOR — Y bueno, Martínez. Sala 23, anaquel 4, estante 5.

MARTÍNEZ — La sala 23 está inundada desde hace dos meses.

DIRECTOR — ¿Se mojó el libro?

MARTÍNEZ — La sala se trasladó a 21 hasta que en el próximo presupuesto haya rubro para vaciar inundaciones. Pero más abajo dice: a 6A-38-7-7 y después agrega: a NA 6698-P5.G8 y al final remata. a R.

DIRECTOR — ¿Entonces, Martínez? R.

MARTÍNEZ — ¡R!, director. R de recatalogado: por lo tanto volvió a su lugar.

DIRECTOR — Y bueno, allí

MARTÍNEZ — ¿Pero quién sabe cuál es el lugar? Para eso fue que consulté el catálogo.

DIRECTOR — Traiga el tomo del índice. No puede ser. Va a ver como yo lo encuentro.

(Salen Martínez y el Lector Español.) ESTELA — (Parodiándolo risueñamente). No puede ser. Va a ver como yo lo encuentro (se ríen). (Jugándole con la corbata). Si le pido una cosita, ¿me hace el gusto?

DIRECTOR — ¿Qué cosita?

ESTELA — Sería feliz si pudiera conocer su verso; el que le pedía la vieja esa del sombrero con pluma. Me gusta la cultura. ¿Verdad que a mi me lo dice?

DIRECTOR — ¿Mi poema el Héroe del Oboe? A usted le puedo confesar

que tiene una sola estrofa hasta ahora; me quedan por escribir' quince o veinte, le falta mucho.

SECRETARIA — (Desde la puerta). Más le falta a su discurso.

DIRECTOR — ¿Qué hora es? Si, ya sé, es tardísimo. Pero es imposible que llegue a la hora. Siempre se retrasan. (En plena escena de amor, aunque las palabras no lo expresen). Si le leo mi poema, mi estrofa, es buenita y se va? (el Sastre cambia de la cadera al hombro de Estela, la mano acariciante del Director).

ESTELA — Me voy, pero vuelvo.;, como empleada, ¿sí?

DIRECTOR — Sí, si yo convengo al Secretario. ¿Quiere oír el poema? (Mohines de aprobación de Estela). Escuche. Dice así (grandes gestos que el Sastre provoca, mientras mide y prueba).

Barrunto junto al barrial
vasto rastro sideral
sinfonizando acústicas pedestres
exorcizando místicas ecuestres
va el héroe del óboe musical.

ESTELA — ¡Es divino! ¡No se entiende nada!

DIRECTOR — Si pudiera contar las sílabas del último verso, la estrofa estaría terminada: vael-hé-roe-del-o-bo-e-mú-si-cal. ¿Cuántas sílabas tiene? ¿Nueve, diez, once, doce, trece? Le falta. Me parece que le falta.

SECRETARIA — (Asomándose de nuevo). Le falta un minuto y segundos para que llegue el Secretario General.

(Entran Martínez y el Lector Español trayendo entre los dos un libro descomunal)

MARTÍNEZ — Ahí tiene el catálogo (lo dejan caer con estruendo en el medio de la sala).

LECTOR ESP. — Es tan pesado como el catálogo de las naves ¡y con este calor!

DIRECTOR — (Se hincan en el suelo y abre el catálogo) Vamos a ver: pe... pe... pi... Piranesi... aquí está, ¿no le dije Martínez? 23-4-5-7.

MARTINEZ — Siga...

LIMPIADOR — (Irrumpiendo) Paró un coche en la puerta y el de la banda hizo seña. Es un coche grande y negro.

SECRETARIA — ¡ El Secretario General!

LIMPIADOR — ¡La salivadera está sobre la mesa!

(El Director corre hasta su mesa y toma la salivadera azul. Cuando busca un lugar para dejarla en el suelo estalla la banda con una marcha radiante y se abre la doble puerta del fondo dejando ver el gran hall violentamente iluminado. Hacía allí corre el Director separando las manos para un gran abrazo. Tras él, como un tábano, revolotea el sastre. El Director lleva el brazo izquierdo en manga de camisa y en la mano derecha levanta la salivadera azul).

DIRECTOR — (Dirigiéndose hacia la gran puerta:

Secretario.., ¡Mi querido secretario!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

(Diez años después. La escena es la misma, aunque aparezcan algunos detalles reveladores del tiempo transcurrido. Al levantarse el telón, Martínez y Monteiro están juntos en el medio del escenario, hincados, en cuatro patas, dando el trasero al público. Visten un largo guardapolvo. Están haciendo marcas y tomando medidas sobre el suelo, por él gatean llevando el metro en una mano y Liza en la otra. Pero aun después de iniciado el diálogo, deben dar La impresión de ser animales que gruñen, husmean el zócalo, juntan inexplicablemente sus cabezas en un rincón, pasan por debajo de un mueble, etc.).

MARTÍNEZ — Hum... hum... hum... (hace una raya).

MONTEIRO — (Pausa) ña.... ña... ña... Ñácate.

MARTINEZ—Hum... Hum... y... hum... Hurn (hace una raya) Un... un... y... un (resopla).

DIRECTOR — (En el mismo juego y vestido igual, sale gateando de abajo de su escritorio donde no se le veía y en su avance, mientras mide va empujando con la cabeza una silla) Un... dos... y tres. ¿Están seguros de que la del medio tiene tres, también?

MARTÍNEZ — Ahá.

DIRECTOR — ¿La larga. es la de aquel lado entonces?

MARTÍNEZ — Ahá.

MONTEIRO — (Poniéndose de pie). ¡Pah! Tengo las piernas endurecidas. Capaz que me afecté los meniscos (Empieza a medir sobre las paredes).

DIRECTOR — (Poniéndose de pie) Parece que ¡lo va a haber problema. Cabe perfectamente, crecerá hasta muy arriba.

MARTÍNEZ — (Desde abajo de la ventana) Va a convenir sacar el pestillo de la ventana. Si la abren la corriente de aire va a ser un balazo. (Se pone de pie y arranca el picaporte).

DIRECTOR — Vale más que vayamos para ayudar a bajar.

MARTÍNEZ - - Un momentito... acá en el medio va doble fila. Y de este lado falta marcar (traza nuevas líneas. Satisfecho). Donde me apuren mucho soy capaz de trasladar la quinta, acá dentro. Ahora si, vamos a meter un poco de hombre.

DIRECTOR — De hombro.

MARTÍNEZ — (Mientras salen los tres) Vamos a meter un poco de hombre y otro poco de hombro. Va a ser trabajo bruto. (Pausa).

DIRECTOR — (Entrando) Con las marcas que hicimos resulta muy fácil

(tras ¿l entran el Subdirector. Martínez, Monteiro, la Secretaria, Estela, el Limpiador, Marcuciano Perluchino y José Luis). Los anaqueles de cuarta están dibujados en el suelo, ¿comprenden? Hay que traer los libros o los paquetes y colocarlos aquí en su mismo orden, como si fuera allá.

LIMPIADOR — Los traemos aquí, como si fuera allá. Traemos la sala cuarta y la ponemos... y... ¿dónde están los estantes?

DIRECTOR — Ponemos los libros y los paquetes en el suelo y después unos encima de otros. Es por unos pocos meses. Lo importante es mantener el orden correlativo, para que la...

SECRETARIA — ¿La topografía?

DIRECTOR — ¡ Eso! Para que la... para que... el orden correlativo no cambie y el catálogo sirva igual. Fíjense que dejamos espacio entre los anaqueles y lo que vamos a traer, para tener acceso a todos los libros.

SUBDIRECTOR — ¿Y la ventana? Va a quedar...

DIRECTOR — Para nada necesitamos renovar el aire aquí, y luz habrá de sobra. Piensen que esto es nuestro futuro. ¿Se dan cuenta de que la idea del Secretario General es genial? Si metemos la sala cuarta dentro de la sala tercera y la sala segunda dentro de la primera y si luego hacemos así con todas, la 23 en la 22, la sexta en séptima, etc., etc., entonces la biblioteca se reduce matemáticamente a la mitad. Hace diez años, muchachos, que se puso la piedra fundamental del nuevo edificio y diez años fueron necesarios para que llegara un Secretario General joven y emprendedor, lleno de ideas nuevas, de iniciativas. Durante todo este tiempo, todos pensábamos que era imposible hacer el nuevo edificio aquí, ¿por qué? Porque ¿dónde poníamos la biblioteca mientras tanto? ¿Dónde quedaban los libros al hacer los cimientos y las paredes? Los libros no se pueden tirar. Pero tampoco pueden llevarse para otro lado, porque si en otra parte hubiera espacio para . ponerlos, esa otra parte sería la nueva biblioteca. ¿Comprenden el problema? ¿Dónde llevar los libros? Únicamente a otra gran biblioteca. Pero esta vieja es la única que hay. ¿Cuál era, entonces, la solución?

MARCUCIANO — Ya sé. Hacer la mudanza para adentro y no para afuera.

DIRECTOR — Exacto. Esas fueron las palabras del Secretario General; hacer la mudanza para adentro. ¿Usted es nuevo, no? Creo que no lo conozco.

MARCUCIANO — Vine a ayudar a José Luis. Es mi amigo y se empleó anteayer.

DIRECTOR — (Dirigiéndose a José Luis). ¡Ah! Usted es el nuevo. (A Marcuciano) Y usted, ¿cómo dijo que se llama?

MARCUCIANO — Marcuciano Perluchino, pero me dicen el Tito. Le vine a ayudar porque es mi amigo y está medio abatado. (Todos ríen).

DIRECTOR — Hoy es un día, señor Perluziano...

MARCUCIANO — Marcuciano Perluchino, pero me llaman el Tito.

DIRECTOR — Hoy es un día, señor Marcuchino, en el cual nos hacen falta muchachos con ganas de trabajar.

MARTÍNEZ — Ya les dije a los dos que si entre ellos traen más libros que

Monteiro y yo al final, les pagamos el café.

DIRECTOR — Espléndido. Es una hermosa apuesta. Ahora muchachos, todos a acarrear. Tenemos que trasladar la sala entera esta misma tarde. (Salen todos. A partir de este momento todos entrarán vertiginosamente de a uno o en parejas trayendo y trayendo libros, paquetes y cajones que irán dejando en orden sobre el trazado hecho a tiza. Los utileros participarán así mismo y así se levantarán verdaderas paredes que irán obstruyendo la puerta principal, cegando la ventana y reduciendo la sala de dirección a dos compartimentos rodeados de un corredor estrecho. Los diálogos se traban entre los transportadores pero con independencia del movimiento incesante del acarreo que se abastece por ambas puertas y al final también por la ventana. Puede hacerse rematar un in crescendo, una cadena de envíos como la de los obreros que suben ladrillos, boleándolos de uno a otro).

MONTEIRO — También en el 24 dijeron que era una locura. Fuimos y... primero nosotros. Esta olimpiada la tenemos en casa. Como no voy a preocuparme. Estoy en puerta de ser olímpico, viejo. Se lastima alguno, otro no puede ir por el empleo, cualquier cosita más y... me llevan de suplente. Estoy en puerta como quien dice, ¿te das cuenta?

JOSÉ LUIS — El domingo lo vi jugar.

MONTEIRO — Puedo rendir más que eso. Mucho más. Pero tendría que cuidarme. Fumar menos, acostarme temprano.

SUBDIRECTOR — Campanitas le voy a hacer poner alrededor y adentro hamacas y una fuente chica.

SECRETARIA — (Sentándose en el sillón del escritorio) ¿Y cuándo piensa jubilarse don Esteban?

SUBDIRECTOR — Dentro de un mes y medio cumplo mis cuarenta y cuatro años de servicios. Entré a los dieciséis como mandadero.

SECRETARIA — Se merece un descanso.

SUBDIRECTOR — De muchacho salía a cazar dorados, mixtos y hasta algún cardenal, así que ahora...

SECRETARIA — ¿Y ya inició el trámite en la Caja?

SUBDIRECTOR — Claro. ¿No le dije que tengo los planos de la pajarera? La quiero con todo, hamacas, nidos, bebederos y hasta un arbolito dentro., y una fuente aunque sea chica.

MARTÍNEZ — Esta biblioteca se está poniendo cada vez mejor.

DIRECTOR — Y ahora viene la gran etapa. Esto va a tener una importancia extraordinaria.

MARTÍNEZ — Aunque le digo: si no hubiera sido por los lectores que venían a veces, este edificio era muy bueno. Usted le saca los lectores a esta biblioteca y le queda perfecta.

DIRECTOR — El nuevo edificio va a ser una maravilla. (Pausa). Y a propósito: de la que dicen que es una maravilla es de mi hija Ana María. Tiene 9 años y toca Chopin en el piano. Un fenómeno.

MARTÍNEZ — Vamos a buscar otro viaje, director. ¿Este ejercicio hace

bien, verdad?

DIRECTOR — Sobresaliente, le dieron *en* el examen; la madre lloraba, .. imagínese: 9 años. Es una cosita así y parte el alma ron Chopin.

JOSÉ LUIS — Hasta tubos neumáticos dicen que *je* ponen.

MARCUCIANO — No digas.... ¿y estufas?

JOSÉ LUIS — ¡Calefacción central, botija!

MARCUCIANO — ¡Pah! ¡Van a tener que trabajar en traje de baño en pleno agosto!

JOSÉ LUIS — Pasadizos subterráneos contra incendio y todas las salas que se inundan automáticamente.

MARCUCIANO — ¿Y para qué se inundan, che?

JOSÉ LUIS — Contra ladrones. Si cualquiera viene a sacar un libro funciona la alarma y automáticamente manan los chorros de agua. Van a poner la colección a 50 metros de profundidad, cavando en la roca viva.

MARCUCIANO — Pero José Luis, si se inunda... adiós los libros, se mojan.

JOSÉ LUIS — Está todo calculado. Me dijeron que los estantes van con aparato de relojería que sube los libros contra el techo mientras el ladrón se ahoga abajo. ¿Viste “El doctor Mabuse”, la que están dando en el biógrafo Doré? Una cosa así.

MONTEIRO — El año que viene va a ser un año bárbaro. ¿Usted se casa ahora, en setiembre, no?

ESTELA — No. Tuvimos que postergarlo.

MONTEIRO — ¿De nuevo, Estela?

ESTELA — El Cacho dice que la madre no se siente bien.

MONTEIRO — Pero estamos en marzo... hasta setiembre..., la señora tenía tiempo...

ESTELA — Nos pareció mejor dejarlo para el ~9 de febrero.

MONTEIRO — ¡El 29 *de* febrero!

ESTELA — Sí. Fue una ocurrencia del Cacho casarnos un día difícil de repetir.

MONTEIRO — Ve: el año que viene se casa. ¿No le dije que el 28 va a ser un año bárbaro? Si se enfermara el Vasco Gea, y Benítez no pudiera ir y García rindiera menos. Estoy puesto... soy una fija.

ESTELA — Me caso de blanco, ¡eh! Vestido largo y en la cabeza todo..., todo...

SECRETARIA — Penoche, ¿hablaste con el Secretario General?

DIRECTOR — ¿Cómo decía, señora?

SECRETARIA — El viejo Fattori me dijo que se jubila dentro de un mes, ¿hablaste de mi ascenso?

DIRECTOR — Puede contar con mi apoyo. Ya se lo dije. Aunque claro, los puestos de confianza los llena directamente el Comisionado.

SECRETARIA — Pero, ¿hablaste?

DIRECTOR — Me dijo el Secretario General que ¿1 entendía que el ascenso suyo correspondía y que así *se* iba a hacer.

SECRETARIA — ¡Gracias! Muchas gracias. Estaba segura.

DIRECTOR — Le repito que yo no intervino en casi nada.

SECRETARIA — A usted lo escuchan siempre. ¿Como está su hija?

DIRECTOR — Una maravilla. “La Voz del Cordón” publicó una foto y arriba le pusieron: la pequeña Mozart de la calle Minas.

SECRETARIA — ¿Y su otra hija?

DIRECTOR — ¿La chica? Tiene sarampión. La madre se pasa cuidándola... ¡uf!

SECRETARIA — Nunca creí llegar a subdirectora. . . Me siento liviana, quisiera reírme, bailar, podría salir volando como un pajarito. Lo primero que hago es controlar las llegadas fuera de hora. ¡Soy tan feliz!

LIMPIADOR — Va a ser un cambio radical. Voy a poner las órdenes de servicio en la pared: “A los porteros: presentarse en conserjería de 13 y O a 13 y 1. A los limpiadores: presentarse en conserjería de 13 y O a 13 y 1. Firmado: dos puntos: Aquiles Arrieta, conserje”. Dicen que en el uniforme voy a tener hasta tres galones, ¿usted cree? ¿Serán tres los galones dorados?

SUBDIRECTOR — Dicen que los sueldos se duplican.

LIMPIADOR — Lo creo, como no.

SUBDIRECTOR — ‘Yo estoy esperando eso para jubilarme. Fíjese que con los descuentos y la operación en Caja Nacional y el servicio de alquileres y la Cooperativa y la cuota del Club y el adelanto de los tres sueldos, ahora me van quedando 14 pesos con 37 por mes.

LIMPIADOR — ¡Barbaridad!

SUBDIRECTOR — Donde dupliquen el sueldo me compro la pajarera al contado. Aunque mi mujer no quiera, me la compro igual.

SECRETARIA — Para el día del nombramiento me voy a hacer un traje de chaqueta. Carmucha se va a poner verde cuando lo sepa. Es de las que opinan que las mujeres no nacimos para trabajar.

ESTELA — Y... te digo, bastante razón tiene...

SECRETARIA — Yo creo que todo depende de la eficacia de cada una. Si no se sirve para nada...

ESTELA — Me caso en febrero, ¿sabías?

SECRETARIA — ¿No era en agosto?

ESTELA — Lo hablamos dejado para setiembre, pero es por la madre de él. Ahora definitivamente es para febrero, el 29.

SECRETARIA — ¿Definitivamente? Qué suerte, ¿no?

MARCUCIANO — Me parece que nos ganan, conté lo que traíamos nosotros y lo que traían dios y nos llevan dos cajones y un paquete de ventaja.

JOSÉ LUIS — Vamos a apurarnos. De repente queda algo para traer y les ganamos nosotros.

MARCUCIANO — No queda nada.

JOSÉ LUIS — Probamos. Apurate. Apurate.

MARTÍNEZ — (Imitando a un director de murga). ¡Atención! A continuación..., gran cuplet de actualidad... dedicado... a la dina comisión de este

tinglado... y al público que lo margina... (Imita un redoblante de platillos y bombo) ... brrrr... chim pum. (Canta. Con la tonada de “A Baracoa me voy”).

La biblioteca mamá
la biblioteca mamá
la biblioteca mamá
se va a mudar (lo repite).

(Poco a poco todos le hacen coro).

DIRECTOR — (Interrumpiendo el canto que se corta con un silencio brusco) ¡Señores! . . . Los felicito, señores. Hemos terminado este traslado y me encanta verlos alegres. (Señala las paredes construidas con paquetes, libros y cajones). Podemos decir con orgullo que, en cierto modo, hemos construido nuestra Biblioteca (se oyen exclamaciones: ¡apoyado, bravo!)

MONTEIRO — El Chivo Joven está cada vez más discursador.

JOSÉ LUIS- — ¿Quién es el Chivo Joven?

MONTEIRO — Shhh... el director.

MARTÍNEZ — Silencio.

DIRECTOR — Podemos decir, si, si, que, en cierto modo, éste es el nuevo edificio de la Biblioteca y que es el mejor. ¡Éste! Hecho con nuestras manos y amasado con nuestro entusiasmo capaz de mover montañas (Ovación). Permittedme terminar. Mañana, señores..., a más tardar pasado mañana, la piqueta hincará su diente de acero en la caduca carroña de este viejo edificio. Esperemos, pues, amigos, llenos de optimismo ese mañana prometedor y despedámonos hoy repitiéndonos: ¡mañana! (gran ovación).

(Organizado por Martínez se rehace de entre los vivas y los aplausos el coro de la murga, “La biblioteca mamá”. Todos cantan y bailan).

TELÓN RÁPIDO

ENTRECUADRO

(Han pasado diez años. Una catacumba donde funciona la sala de lectura. Telón corto que figura una pared cubierta de anaqueles hasta tres o cuatro metros de altura. Sobre estas estanterías pintadas se abren dos o tres ventanucos. Desde los ventanucos Laterales caen oblicuos, sin iluminar la pared del fondo dos estrechos rayos de sol; estas des rayas de luz dura son la única iluminación. Una lárguisima mesa corre todo a lo ancho; está colocada a un me-u-o de distancia, paralela al telón corto. En realidad no es más que una alfajía y las muchas sillas que la rodean se ven en silueta y son planas. Hay tres o cuatro lámparas de cónica pantalla verde que penden de un hilo y que de encenderse iluminarían la mesa para poder leer, pero están apagadas.

A la derecha, una puerta muy baja, casi el orificio de una ratonera, deja ver el gran espesor de los muros y es el único acceso a este sótano.

Contra el lateral derecho un escritorio para escribir de pie y sobre él, pendiendo de un clavo, un farolito a kerosene hace un pequeño círculo de luz

sobre la pared encalada.

Al iniciarse la acción Estela, Martínez, el Limpiador y el Subdirector rodean al Estudioso que se halla sentado en la cabecera de la izquierda, invisible para el público porque los funcionarios nombrados hacen un apretado corro en torno a él. Al levantarse el telón se oyen estentóreas carcajadas).

MARTÍNEZ — (Entre risas) ¿Cómo dijo? Diga. ¿Cómo dijo?

ESTELA — De veras, repítalo.

DOS O TRES — Que lo diga, que lo diga.

ESTUDIOSO — (Que aún no se ve; con una vocecita de ratón asustado)
Ueber die vierfache wurzel des Satzes von zureichenden grunde.

MARTÍNEZ — (Trata de imitarlo) Ueber zureichenden grunde (ríe). Me duele la barriga de reírme.

SUBDIRECTOR — -Y yo? No sabe lo que me alegro de haber venido. Es fantástico lo que hace con la boca.

LIMPIADOR — Como para un circo. ¿Verdad, don Esteban?

ESTELA — Dígalo de nuevo, por favor. ¿Qué libro quiere?

ESTUDIOSO — (Igual que antes) Ueber die vierfache wurzel des Satzes von zureichenden grunde.

MARTÍNEZ — ¿Está seguro de que ese ruido es un libro? ¿No será una locomotora lo que usted quiere? (risas).

ESTUDIOSO — ¿No hay ningún especialista en filosofía entre ustedes?

ESTELA — ¡Pero, señor!

MARTÍNEZ — ¿Lo qué? Avise, che.

ESTUDIOSO — Y... colección alemana... ¿no tienen, tampoco?

LIMPIADOR — Para mí que está loco este pobre hombre.

SUBDIRECTOR Cuando veo estas cosas me arrepiento de haberme jubilado. Menos mal que vine.

MARTÍNEZ — Oiga chiquito: Si ese ruido que hace es una cachada le prevengo que... (lo amenaza).

ESTELA — No le haga caso señor, está bromeando. Explíqueme a mí lo que quiere.

ESTUDIOSO — La obra original fue publicada en Rudolstadt en 1813.

MARTÍNEZ — ¡Mirá!

ESTUDIOSO — Pero... pero si la edición principal, señorita, no está... podría consultar una traducción en español, aunque preferiría...

SUBDIRECTOR — Libros en español es mucho más fácil.

MARTINEZ — Aquí es lo que sobran. Fíjese: tenemos para tirar para arriba (risas).

ESTELA — ¿Podría decirme cómo se traduce todo eso que dijo?

ESTUDIOSO — Ueber die vierfache wurzel...? De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente.

ESTELA — (Espantada como si fuera una mala palabra) ¿De la qué?!

ESTUDIOSO — Es la tesis doctoral de Schopenhauer.

MARTÍNEZ — ¿Schopenhauer? (risas) ¡Pero hubiera dicho! ¿Schopenhauer cuánto me dijo?

ESTUDIOSO — (Cada vez más achicado). Arthur Schopenhauer.

MARTÍNEZ — Aclarando eso vamos mejor. De Schopenhauer Pérez por ejemplo, no nos falta nada. Más; le podemos ofrecer un libro mucho mejor que ése que pide. ¿Cómo se llama? Ah, sí... “Memorias de un chivo joven”. Creo que le conviene más leer éste que yo le digo. Es mejor.

ESTUDIOSO — Puede ser. Pero si fuera posible yo quisiera. .. si es que se puede, la cuádruple raíz. .. si es que lo tienen.

LIMPIADOR — Acá del chivo joven tenemos todo (suenan golpes en la puerta).

SUBDIRECTOR — Debe ser el director. Cuando le dije que venía para el sótano a saludarlos me dijo que él bajaba en seguida (Martínez va a abrir y entra el Director, agachándose).

MARTÍNEZ — Vino un lector, parece.

DIRECTOR — No me diga.

MARTÍNEZ — Está ahí. ¿No lo ve?

DIRECTOR — Don Esteban vino de visita, a verlos a ustedes.

MARTÍNEZ — No. Hay un lector de verdad. Es medio loco. Pidió un libro en ruso.

DIRECTOR — (A medio camino hacia la izquierda) Hay un lector, me dice Martínez...

ESTELA — Sí, señor. Pero es una desgracia. Pide un libro ridículo.

DIRECTOR — (Viendo recién al Estudioso y en tono aprobatorio). Así que usted... vino a leer.

ESTUDIOSO — SI, señor. Estoy por unos días aquí. Estudio en Mendoza.

DIRECTOR — Muy bien. Alguien tenía que venir. ¿Y qué material desea, señor?

ESTUDIOSO — Se trata de un libro poco conocida. En realidad, demasiado poco conocido. Pensé que pero no. Me doy cuenta de que no.

DIRECTOR — ¿De qué se trata? Estamos para servirlo (Invitándolo). Por favor.

ESTUDIOSO — No quisiera ofenderlo, pero para serle franco.. . necesito consultar ... la tesis doctoral de Schopenhauer (avergonzado) de la cuádruple raíz del principio de razón suficiente.

DIRECTOR — Lo recuerdo. Desgraciadamente no creo que esté en alemán. Pero es seguro que está la edición de Sempere. Martínez: fíjese en los tomos grandes, en Filosófica: Schopenhauer.

MARTÍNEZ — Si usted cree. .. (sale).

DIRECTOR — Tome asiento señor. (Los rayos de luz han ido bajando en intensidad, la escena está casi en penumbra y el director enciende una vela junto al lector). Va a tener que trabajar con poca luz, estamos sin corriente eléctrica desde ayer. En seguida le traen el libro. Así que anda bien, Don Esteban.

SUBDIRECTOR — Sí, marchando. Ayer estuve en el oculista. Dice que

todavía no puede operarme. Veo todo borroso, pero todavía no se puede.

DIRECTOR — Sin embargo lo encuentro rozagante.

SUBDIRECTOR — Claro que estoy bien. Pero quería hablarle de mi yerno. Vine por eso. ¿Se acuerda? El que está casado con Chichita, la hija que toe llevó a vivir con ella. Yo ya le hablé hace unos meses. ¿No podría hacerme una fuercita para que me lo nombren? Aunque sea de auxiliar.

DIRECTOR — Soy su amigo, don Esteban. Le digo más (mintiendo) ya hablé con el Comisionado... Pero en todo caso repítame el nombre (al Limpiador). ¿Terminó de sellar la donación de don Daniel Ferrére, Aquiles?

LIMPIADOR — Esto lo estoy terminando, señor, pero José Luis...

DIRECTOR — Van tres sellos en cada libro, ¿recuerda? (Al Subdirector) ¿Cómo me dijo que se llama el muchacho? (salen).

LIMPIADOR — Tiene suerte, Don Esteban. Ya hace cuatro años que está jubilado. Aunque le prevengo: yo ya se lo tengo dicho al director. Para enero, le dije, pase lo que pase yo me le jubilo.

ESTELA — Está en su derecho, Aquiles.

LIMPIADOR — Claro que sí. Dígame si está bien que una institución como ésta tenga un solo personal de servicio.

ESTELA — Tiene razón. ¿Todavía no llamó Margarita para tomar el té?

LIMPIADOR — Aquí son todos a mandar y yo solo a llevar la institución para adelante. Aquiles para aquí. Aquiles para allá. Y yo ¿a quién puedo decirle yo: Fulano, vaya? A nadie.

ESTELA — La vida.., es una gran injusticia.

LIMPIADOR — Si será. Y que yo no estoy en edad, tampoco.

MARTÍNEZ — (Entrando) Está en esta misma sala el raro ése. ¿Qué me dice? (Al Estudioso desde lejos) ¿Qué me dice? Nosotros buscando tanto y el libraco suyo estaba aquí, en esta misma pared. Aquiles: usted suba por ahí que yo voy por el otro lado. Usted, Estela, si me hace el favor, ¿nos ayuda con la linterna? (Martínez y el Limpiador trepan por los anaqueles apoyándose en escalas de cuerda no visibles para el espectador; suben, bajan y se desplazan hacia los costados como las moscas por sobre la pared. Estela va al escritorio y toma la linterna eléctrica. Los rayos de sol que iluminaban la escena han bajado del todo y el redondel de luz que ahora proyecta Estela corre sobre los anaqueles e ilumina con nitidez alternativamente, a Martínez y al Limpiador en sus actitudes de insectos, dando sucesivas instantáneas de las posiciones torturadas que ellos deben adoptar).

MARTÍNEZ — Aquí, Estela (Ella lo ilumina y él busca) ¡La pipeta! ¿A qué no saben qué encontré? El tomo segundo de la Historia Patria. Hace años que no se encontraba.

LIMPIADOR — (A Estela para que lo ilumine) ,Me hace el favor?... (Busca). Cuando uno está en el trabajo de libros recién *se* da cuenta de la cantidad que hay. ¿*Me* quiere decir para qué siguen escribiendo libros nuevos? ¿Quién va a tener paciencia para leer todos éstos que ya hay? Apague no más. Aquí no está el que pidieron.

MARTÍNEZ — El domingo tenemos un asadito en el rancho. Me parece que con música y todo. Invitaron a Sosa, el que toca la guitarra (está contento y quiere hacer un gesto pero casi se cae y se fastidia). ¡Ilumine bien, qué embromar! A ver si me caigo.

ESTELA — Estoy iluminando, ¿no? ¡Como para aguantar malos humores me siento hoy! (ya está casi llorando).

MARTÍNEZ — (Conciliador) Pero Estela.

ESTELA — (Llorando) No me haga caso. Son cosas mías (soloza y baja la linterna).

LIMPIADOR — ¡Estela! (Después de una pausita) Perdóneme Martínez, pero. .. ¿qué era que estamos buscando?

MARTÍNEZ — El libro ese de Schopenhauer.

LIMPIADOR — Aquí dice... Sa-kes-pea-re. ¿No es lo mismo, no?

MARTÍNEZ — Ese es otro tipo. Usted busque alguno que empiece con “so” : ese, o.

LIMPIADOR — Es trabajo sacrificado éste de dar cultura.

(Se oye la voz de la Secretaria en el mismo tono con que lo dirá en el cuadro siguiente. Pero la voz está grabada con eco y suena fantasmal, aunque se reconoce que es ella).

VOZ DE LA SEC. — Estela... Martínez... vengan. Está el té pronto, vengan a tomar el té (Martínez y el Limpiador bajan).

MARTÍNEZ — ¿Vamos, Estela?

ESTELA — Si, vamos. ¡Qué suerte! Necesitaba algo caliente. (Salen. El Estudioso sigue inmóvil en su cabecera. El limpiador se queda de pie junto al otro extremo, como una guardia apenas iluminada por el fa. roñito. Hay una pequeña pausa. El Estudioso estornuda con toda corrección).

LIMPIADOR — (De lado a lado sin levantar la voz) Salud, señor.

ESTUDIOSO — Muchas gracias.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

(Han transcurrido otros diez años. La escena es la misma, pero las paredes que se improvisaron en el cuadro anterior con cajones, paquetes y libros están ahora aseguradas, como definitivas. Se ha instalado además un piso que divide en cuatro los dos compartimentos a que se habla reducido la Dirección. Los dos compartimentos superiores no tienen altura suficiente para que una persona pueda estar de pie sin inclinarse. Aun en les de abajo el techo se puede tocar con la mano. La escena dividida en seis células —cuatro compartimentos y dos corredores laterales— debe dar la sensación oprímete del interior de un submarino, de la panza de una ballena. La iluminación debe ser insuficiente

hasta la incomodidad, en el compartimento A.

Los compartimentos B y D estarán unidos por una escalera de mano y (Le A a C se podrá bajar por un mástil como Los que suelen usarse, por ejemplo, en los cuarteles de bomberos. En el tabique central en el piso de arriba cerca del público habrá un pequeño orificio que permite pasar gateando; será la única comunicada entre los compartimentos A y B. C y D estarán unidos por una abertura semejante a una puerta estrecha practicada en el tabique contra la pared del fondo.

En el compartimento A habrá una mesa y un banco de patas muy altas que aplaste e su ocupante contra el techo. Una pequeña Lámpara de mesa hará visible al actor y el resto será penumbra.

En el compartimento B habrá ficheros contra las paredes y ningún otro mueble.

En el compartimento C estará el escritorio del Director y sillones y mesas, todo acumulado hasta dificultar la circulación.

En el compartimento D contra la pared del fondo habrá una pequeña mesita de cocina con un primero y demás objetos para preparar y servir té y colgado muy cerca de ella un retrato al óleo de suntuoso marco dorado desde donde mira orgulloso y severo un prócer de uniforme.

Al levantarse el telón están a oscuras los compartimentos C y D y los corredores laterales. En el compartimento A trabaja José Luis, retrepado en la punta de su banco censo una cucaracha. En el compartimento B circulan de fichero a fichero, agachados, Ema Fontes y Monteiro).

EMA — Papá le dijo, porque son como hermanos; le dijo: para que la pena se entretenga. Y tenía razón, en casa me aburría. Bordar es aburrido y coser también. A limpiar le casa no se iba a poner... imagínese, así que...

MONTEIRO — P Q 8519 R8 A8, 1924, ¿está?

EMA — Creo que sí...

MONTEIRO — ¿Pero se fijó?

EMA. — Creo que me fijé.

MONTEIRO — ¿En qué fichero señorita?

EMA — En éste creo.

MONTEIRO — Aquí, hay que molestarse, hay que ver para creer.

EMA — Tiene razón. Vea. Como le decía, bordar, coser, limpiar, todo es aburrido. Escuchar la radio, me da sueño y cuando quiero leer un libro me duermo. En verano, por supuesto, está la playa. ¿Pero en invierno? Por eso papá le dijo que me hacía falta entretenerme. Son como hermanos. Claro. Si no nunca hubiera venido a trabajar. (Saca pintura de uñas y comienza a pintárselas). Téngame el frasquito. ¡Cuidado! Lo va a volcar. (Pausita). ¿Le gusta este tono? Mónica Patricia dice que es demasiado asesino. Se llama Revolución Bolchevique. ¿Me permite mojar?

MONTEIRO — No está el P Q 8519 R8. Este fichero es una especie de

animal, se traga las fichas y en vez de conservarlas, las digiere, las disuelve, las hace desaparecer. Estoy seguro de que ayer intercalé un PQ 8519. Pero siempre me pasa lo mismo.

(Entra la Secretaria y enciende las luces de los corredores laterales, luego entra y enciende la luz del compartimento D y termina de preparar el té cuya agua estaba sobre el primus, al cual le da bomba. Tararea y actúa como un ama de casa en la cocina).

SECRETARIA — (Asomándose al corredor lateral) Estela... Martínez... Estela, el té... llámame a Martínez (volviendo al pie de la escalera). Monteiro, el té está pronto, ayude a José Luis y bajen ustedes.

MONTEIRO — ¿La vela, la guardó usted?

EMA — La puse en el cajón de la V. Ve de vela.

MONTEIRO — (Saca una vela del fichero y la entiende; con ella en la mano pasa gateando por el orificio del tabique y queda con medio cuerpo en cada compartimento) José Luis. Está el té.

JOSÉ LUIS — Voy en seguida. ¿Te acordás del número de Cutter de Carolina Invernizio?

MONTEIRO — Y, 593, ¿no?

JOSÉ LUIS — Terminó esto y voy en seguida. (Monteiro vuelve al compartimento gateando hacia atrás y guarda la vela. Ya están Martínez y Estela en el D).

EMA — (Desde arriba) Martínez, ¿me hace el favor de retirarse? Voy a bajar (Martínez se pone de espaldas y baja Ema y tras ella Monteiro. La Secretaria distribuye las tazas con té y abre un paquete con bizcochos).

MARTÍNEZ — Hace tres días que viene un tipo. Dale, que dale; insiste en leer un libro en griego.

ESTELA — ¿En griego? ¡Debe ser loco!

SECRETARIA — ¡Hay gente tan cargosa!

MARTÍNEZ — Cuando le dije por última vez que la sala no está habilitada se quedó con la boca abierta y murmurando. Al final lo tuve que frenar diciéndole que si seguía me iba a quejar al Director. Se asustó y se fue.

MONTEIRO — Si conociera al Chivo... (ríen).

ESTELA — Gracias, Margarita. No puedo comer nada. Hoy no almorcé.

SECRETARIA — Estuviste con tu marido...

ESTELA — No. Hace meses que no veo al Cacho (llora). Es por Rafael.

DIRECTOR — (Entrando con el amigo) Por aquí. Buenas tardes.

MONTEIRO — Buenas.

(El Director y el Amigo pasan al compartimento C).

MARTÍNEZ — Debe ser el nuevo subdirector.

SECRETARIA — Debe ser, sí. Tiene cara de imbécil.

ESTELA — Margarita, ¿quierés creer que hace tres días que no me llama ni viene por casa? (llora). Ni celos me tiene, Rafael.

DIRECTOR — (Sentándose a su mesa) Sentáte, Jorge. Retirá esa mesa, ponéte cómodo (pausita). Necesitaba hablar contigo y ahora no sé ni por dónde

empezar (pausita). ¡Estoy tan cansado! Hace años que estaba cansado y no me daba cuenta. No sé si tú me vas a entender. A lo mejor con un buen descanso se podría arreglar todo. Pienso que si pudiera irme para Europa todo se arreglaría (pausita). Hace años que tengo ganas de terminar mi libro. Tú conocés algo ya, ¿te acordás? Cuando la guerra pasada... habla unas cosas sobre Bélgica invadida que cada vez son más ciertas. Pero no es de eso que quería hablarte... ¡Jorge! No aguanto más a Isabel. Te lo juro. No la aguanto. Ella y las chiquilinas. Y los dolores de cabeza y las cuentas,, y los Malvárez... y los Gómez Péndola... todo, tú tenés que darte cuenta. Es demasiado. Es demasiado y sin embargo es para nada. Estoy viviendo sin sentido, amargado, sé que estoy tirando mi vida en una estupidez y otra estupidez y otra y otra. Tengo 47 años, querido. Y estoy hartó. ¡Harto! Pienso que tengo que volver a casa y me siento mal, odio a mis hijas. Odio a mi mujer. Sí. La odio, quisiera verla.

JOSÉ LUIS — (Que se ha deslizado por el mástil) Con..., permiso... voy, voy a tomar el té, director. (Se traba al pasar en los muebles, tropieza, da vueltas). Perdón... no, no oí nada; le juro que no oí nada (pasa al compartimiento D).

MONTEIRO — Me acuerdo que fue un nueve de marzo. Mire los recortes, ve que me nombran. Aquí, ¿ve? Este Monteiro que dicen aquí, soy yo. Éramos tres los candidatos. La práctica fue el 12 y el 9 yo empecé a estornudar. Si no es por esa gripe, iba. Cuando desfilaron los olímpicos en dos ómnibus sin capota, a mí se me caían las lágrimas. Pensaba que si no me viene la fiebre..., justo el 9 de marzo empecé a estornudar. ¡Me acuerdo tan clarito! ¡Ojalá me hubiera muerto de esa gripe!

SECRETARIA — José Luis, el Subdirector nuevo..., ¿es... ése?

JOSÉ LUIS — Me parece que no. Creo que es un amigo del Director. Por lo que hablaban.

SECRETARIA — Hace una semana que salió, el nombramiento. Después de cuatro años sin llenar el cargo, bien podría apurarse un poco en venir a trabajar. Debe ser un cachafaz, ese tipo.

JOSÉ LUIS — Ayer decían en el Ministerio que hoy empezaban las excavaciones para el nuevo edificio. Con poca azúcar, señora.

MARTÍNEZ — ¿Y vos te lo creés, angelito?

ESTELA — Rafael me habla dicho que se iba a empezar la obra.

MARTÍNEZ — ¡Cómo no! Todo lo que dice Rafael es cierto. Como es tan simpático y... sobre todo, tan joven! Buen avivado es ese Rafaelito.

ESTELA — ¡Martínez! (llora) ¿Cómo puede?

JOSÉ LUIS — Me lo dijo un portero. Mirá que ellos saben.

MARTÍNEZ — ¡Angelito! Estas paredes las hicimos, nosotros en una tarde porque habla que dejar espacio, ¿o te olvidaste? Y eso fue,.. ¿hace cuánto? Como ocho años, hace.

MONTEIRO — Más de diez. Fue antes de Colombes.

MARTÍNEZ — Hace diez años que nos mudaron para adentro y voltearon la mitad del edificio. ¿Qué me decís?

SECRETARIA — Tome otro bizcochito, José Luis. Nadie los come. Los

hizo mi hija María Inés,

DIRECTOR — Estoy enloquecido, Jorge, y me tenés que ayudar. Por eso quería hablar contigo (pausita). Comprendo, no es lo usual. No creo que a nadie le pase, pero... ¡Si la conocieras!... (pausa). Además hay algo que es mágico... Bueno, entre ella y yo le llamamos mágico. Pensá que son de esas coincidencias que te dejan como alelado. Voy a decir algo y ella lo dice primero. En serio. No me vas a creer. Mirándola en los ojos sé exactamente lo que está pensando. Te juro. Nos ha pasado infinidad de veces. Es una criatura. Casi un ángel. Un año menor que mi hija, imagináte. Hay noches cuando camino solo de vuelta, en que bruscamente comprendo lo que es mi vida y para qué sirve. No te lo puedo explicar, pero créeme. Adivino que de alguna manera me estoy acercando a algo con sentido, a algo ordenador de todas las cosas. Siento como si Dios o tigo semejante existiera realmente y pudiéramos conocerlo, participar de su facultad de entenderlo todo. ¿Te das cuenta, hermano? Yo que siempre me reí de todo eso: Siento que todo es fácil y verdadero, y que está bien así como está. Siento que el mundo nace de Dios y que debemos ser fieles al inundo que Dios hizo. Siento que debo entregarme a esto que me arrastra porque es más fuerte que yo. Porque es Dios mismo.

MARTÍNEZ Yo lo interrumpí; ¡pero basta! En un país como éste donde gobiernan los bichos colorados, ¿qué otra cosa voy a hacer sino rascarme? (todos ríen) ¿A mí qué me importa que sea hermano del jefe de policía? Se lo dije y chau. Y si no le gusta que se vaya a buscar el libro él mismo. Para esto tiene piernas (pausa).

MONTEIRO — Sí, Para que usted pueda ascender, Estela, tendría que ascender yo y para que yo pudiera ascender tendría que jubilarse o morirse Martínez antes de dos años.

MARTÍNEZ — Jubilarme no pienso.

MONTEIRO — Entonces, tendría que morirse.

ESTELA — O tendría que morirse usted, Monteiro.

JOSÉ LUIS — Me gustaron los bizcochitos de su hija. Se ve que es habilidosa.

SECRETARIA — Lo que se ve es que usted la vio.

JOSÉ LUIS — La ví, sí, el otro día cuando la vino a buscar. ¡Linda chiquilina!

SECRETARIA — Y muy seria. Está estudiando ingeniería.

DIRECTOR — La vida es maravillosa, créeme. Hace años pensaba que era viejo y ahora me doy cuenta que soy más joven que nunca. Tenemos una sola vida, Jorge. Sí ahora renuncio a todo, si no hago lo que la vida me pide, ¿para qué vivo, con qué sentido? (Pausa). Claro. Está Isabel ...pero ella tuvo su vida. Ella es otra cosa. Y, las chiquilinas se cesarán y tendrán lo suyo, ¿pero yo? Yo tengo que hacer mi obra, tengo mis sueños, tengo... tengo este amor capaz de llevarme hasta el último extremo... Porque podés estar seguro. Soy capaz de todo. . te lo puedo jurar; de todo. Hay noches, en ¡a cama, cuando siento que hasta las ropas me están trabando, me están atando y maniatando junto a Isabel. hay

noches en las cuales he llegado a pensar lo peor. Sí. Lo peor. Preferiría acabar con todo, antes que tener que aguantar esto. La vida' es tan maravillosa que he pensado en matarme. Llamarla a ella y... (estalla un estruendo ensordecedor capaz de hacer vibrar el edificio. El director continúa impasible su monólogo patético y el amigo lo sigue escuchando flemáticamente. En el compartimiento D, Martínez, Monteiro y los demás se tapan los oídos y salen a investigar. Dan la vuelta por el corredor lateral y luego señalan por la ventana de la izquierda y comentan mímicamente su sorpresa, alegría o su indiferencia, o desprecio por el nuevo hecho. Algunos vuelven al compartimiento D, otros salen y poco antes de que la Secretaria pueda entrar en la Dirección, el batifondo se interrumpe bruscamente y saltan en altas voces las palabras del Director).

DIRECTOR —... Por eso quisiera tener un revólver para matarme yo y luego matar a mi mujer.

SECRETARIA — Señor, acaban de iniciar la excavación para el nuevo edificio. La máquina está trabajando en el patio.

DIRECTOR — Déjeme en paz. Salga. No quiero que me interrumpan. Salga (Sale. la Secretaria). Jorge; soy tan feliz. Estoy tan seguro que sé perfectamente lo que debo hacer. Yo sé cuál es mi deber más sagrado. Primero... . (Estalla nuevamente el golpeteo de la máquina. El Director continúa la mímica de su discurso mientras cae lentamente el telón).

FIN DEL SEGUNDO CUADRO DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

(Cinco años después. Es invierno, un día nublado. La misma sala de la Dirección, pero ahora está enteramente cada. Se han retirado las paredes improvisadas y el entepiso y no queda un solo mueble, ni alfombras, ni artefactos. Las puertas y las ventanas fueron asimismo retiradas y falta el techo.

En esta etapa de la demolición, cae entre las altas paredes desnudas una luz t'ertical, verdosa, azulina, que imperceptiblemente se irá haciendo más velada, casi fantasmal, a medida que se acerca el crepúsculo. Hay mi blanco balde de albañil y en una parte y otra, montones de arena. Con dos cajones y un tablón blanco de cal se ha improvisado un banco sobre el cual se sienta José Luis, con su clarinete entre las piernas, pero sin hacerlo sonar. Se oye el estruendo de una marcha militar que termina a los pocos instantes. Entonces si, José Luis practica por primera vez la escala en su instrumento y fracasa a la cuarta o quinta nota).

CRITICO — (Entrando) ¿Aquí es Madungue 1,1,1.0?

JOSÉ LUIS — Ahá.

CRITICO — ¿Está seguro?

JOSÉ LUIS — Es aquí, sí.

CRITICO — Pero hay una banda de música.

JOSÉ LUIS — ¿Y porque venga una banda van a cambiar el nombre de la calle o el número de la puerta?

CRITICO — Bien razonado. Tiene razón. Pero hay una tribuna para oradores y me pareció que los preparativos eran para poner una piedra fundamental

JOSÉ LUIS — Claro. No es la primera que ponen. Aquí, son comunes esas piedras.

CRITICO — Así que aquí es.

JOSÉ LUIS — Madungue 1110.

CRITICO — Entonces, mejor pregunto en el frente. Gracias. Eh! (sale).

JOSÉ LUIS — (Después que hubo salido) Chau. (Reinicia sin éxito su escala que no llega a la séptima nota. Entra Ema quien se sienta en el tablón junto a José Luis y se le acurruca sobre el hombro. José Luis al cabo de un instante, le habla sin mirarla). Yo creo que nos alcanza, mi vida, ¿Verdad que nos alcanza? (Ella no contesta. Él se da vuelta y la toma del mentón). Diga que sí con esa bocucha.

EMA — Humm mu.

JOSÉ LUIS — Con descuentos y operación a mí me quedan 123.50; ¿y a ti, paloma?

EMA — Ya te cuje, corazón: 300 nominales.

JOSÉ LUIS — Pero líquido, paloma, ¿cuánto cobrás?

EMA — Creo ... no sé. . . Me parece santito que son 180. ¿Te gusta, 180?

JOSÉ LUIS — Me gusta. Entre los dos completamos tu sueldo: 300 pesos. Yo creo que nos alcanza. Si vivimos con tus papitos, mi vida, estoy seguro de que podemos. ¿Podemos?

EMA — Amor...

JOSÉ LUIS — Paloma... (Mientras se están besando entra el Crítico).

CRITICO — (Interrumpiéndolos) ¿Pregunto en el lugar del acto o en la casilla?

JOSÉ LUIS — Pregunte en la casilla (sale el Crítico).

EMA — ¿Que quiere?

JOSÉ LUIS — Yo qué sé. Con tal de que se fuera... ¿dame otro, uno chiquito?

(Mientras se están besando entran Monteiro y Estela por la *abertura* de la que fue puerta principal. Vienen ateridos de frío, bajo un paraguas abierto y hacen caso omiso de los enamorados, quienes tampoco se enteran de su llegada).

ESTELA — 32 cálculos le sacaron. Todos del mismo tamaño.

MONTEIRO — Bueno, ahora, sacarte la vesícula es menos que una apendicitis.

ESTELA — A Julia le dieron más de 27 puntadas. Un tajo bárbaro. De acá hasta acá.

MONTEIRO — .(Alegre y entusiasmado) Hacen cosas fantásticas. Al padrino de Juan Carlos, ¿se acuerda? Aquel flaco que *me* venía a buscar los sábados., bueno, al padrino de ése le hicieron una cesárea.

ESTELA — Espléndido.

MONTEIRO — Una maravilla; le sacaron el estómago, le recortaron el delgado, le pusieron dos injertos en el colon y no estoy seguro pero creo que hasta le cambiaron un riñón. Sí, ahora que me acuerdo, de plástico se lo pusieron. Dentro de dos años tienen que hacerte un recambio. Parece que el plástico se ablanda con el...

ESTELA — Realmente, es maravilloso. Yo preferiría eso y no mis dolores de cabeza. Hay días, Monteiro...

MONTEIRO — Es la contra que tengo yo con el reuma. No se puede operar. Cuando las piernas me duelen que no aguanto más viene el médico y me da más pastillitas. Para eso, pedazo de burro, que me ponga La mano encima y diga sana sana culito de rana.

ESTELA — ¡Monteiro!.. (ambos ríen. Pausita).

MONTEIRO — (A los enamorados) ¡Che! El acto empieza ya. ¿Ustedes van a oír los discursos?

JOSÉ LUIS — Ya no llueve, che. Paró hace rato la garúa...

(Monteiro lo comprueba y cierra el paraguas)

ESTELA Como si ustedes pudieran darse cuenta. . - ¡Ni frío, deben sentir!

EMA — ¿Frío? ¡Dice que hace frío! (ambas ríen) Vení que te digo una cosa... A mi... (habla al oído de José Luis y vuelven a reír los dos).

MONTEIRO — ¡Hay que verlo!... Después dicen que el hombre es un animal inteligente... Miráte un poco, José Luis.

JOSÉ LUIS — (Revisándose inquieto) ¿Qué? ¿Qué tengo? ¿Tengo...?

MONTEIRO — Pegaste un doblete increíble. En menos de quince años se te jubiló el subdirector y se te murió Martínez. Ascendiste dos grados. Y mirá en lo que estás.

JOSÉ LUIS — ¿En qué estoy? ¿Eh?

EMA — No le hagas caso. ¿No lo conocés?

JOSÉ LUIS — En qué estoy, decí.

MONTEIRO — Aumentaste 40 pesos de sueldo y... ya estás madurito, madurito, madurito. Lo que se dice:

pronto.

JOSÉ LUIS — ¡Pero che!..

MONTEIRO — Sos una pera madura, viejo. Ella pone la mano y vos caés solito... Solo, solo de cabeza al matrimonio.

EMA — Usted es un antipático y un... amargado. No le hagas caso, José Luis.

JOSÉ LUIS — Es que ya me tenés...

EMA — ¡Déjalo! ¿Sabés una cosa de ayer? Ayer de noche... (baja la voz y recomienzan los secretos y las risitas cómplices. Monteiro y Estela se sientan al otro extremo del telón. Pausa. José Luis intenta vanamente arrancar una escala de siete notas soplando su clarinete. No pasa de la 4ª ó 5ª).

MONTEIRO — Éste consiguió en quince años lo mismo que yo en 28: dos grados, 40 pesos.

ESTELA — Hay gente que tiene suerte (pausa).

MONTEIRO — Una vez el patrón de mi hermano me ofreció un puesto de vendedor de heladeras. Yo le dije que no, me pareció una vergüenza andar ofreciendo cosas, de puerta en puerta.

ESTELA — Hizo bien, eso es horrible. ¿Se acuerda de Juan Emilio?

MONTEIRO — ¿Era vendedor?

ESTELA — ¡Juan Emilio! el morocho que un día usted le dio fuego aquí en la vereda.., uno lindo de cara...

MONTEIRO — Sí, me acuerdo.

ESTELA — ¡Me dejó! Estaba en casa, no sé si usted sabía; bueno, me dejó. Se fue hace tres noches. Y lo busqué de puerta en puerta. Primero en la pensión donde vivía antes, y después estuve en el café y en la puerta del club me quedé parada hasta las dos. Parada frente al club y mirando al mismo tiempo para la entrada de la pensión, de puerta en puerta; y cuando llegó, subió al tercer piso y no me abrió. ¡Eso sí que es horrible!.

MONTEIRO — Y... cada cual tiene lo suyo.

ESTELA — Van tres noches que le hago la guardia y siempre lo mismo, no me abre. Hace que le deje !a ropa limpia al portero, ¿quiere algo peor?

MONTEIRO — Uy... la quisiera ver a usted el veinte de mes sin un real para tomarse un cafecito. La semana pasada toqué fondo.

ESTELA — Sí. ya sé, pero...

MONTEIRO — Hay que ver de todo... Estela... Desde que supe lo del negro José, . Bueno, usted ni lo oyó nombrar,. - fue un fenómeno, ese negro. Lo mejor que se vio como entreal. Hacía el dribling para adelante, con el cuerpo, ¿comprende? Y fue el que inventó el pase cortado entre los backs.

ESTELA — ¿Jugaba con usted?

MONTEIRO — No. Cuando yo llegué a primera él ya estaba de masajista. ¡Una reliquia, ese negro! Y no le faltaba ni un diente, eh. Una sonrisa de lado a lado.

ESTELA — Sí... claro, pero yo, Monteiro... Si usted supiera todo... Yo!...

MONTEIRO — ¡Y qué cosa rara, eh! En aquella época me daba lástima, pero poca: cuando lo veía. Después, en seguida, me olvidaba. En cambio ahora, desde hace una semana no me lo puedo sacar de la cabeza. ¡Pobre negro! Fue un fenómeno, y estaban haciendo una colecta en el club para comprarle una radio (pausita). ¡Qué José! querrá escuchar los partidos.

Y... es lo que le va quedando, ¿verdad? (Entra el Director muerto de frío con la nariz colorada, cubierto por un gacho ministro, negro, y envuelto en un sobre todo negro y una cuantiosa bufanda. Estornuda y ‘te suena a breves intervalos hasta el final del acto. Entra y nadie le presta atención. Pausa).

DIRECTOR — Todavía no terminaron en el saladero pero la ceremonia de la piedra fundamental empieza *en* seguida (pausa). Menos mal que paró de llover (pausa) ¿En qué andan ustedes?

MONTEIRO .. (Señalando a José Luis y Aquellos en lo de siempre, sin poco de clarinete mal tocado, un poco de lo otro... bien..., conversado. Nosotros hablando de la vida; haciendo tiempo (El Director amaga a sentarse en un

montón de arena. Monteiro le da vuelta el balde de albañil). Siéntese aquí. era el lugar de su escritorio. *¿Se acuerda?*

DIRECTOR .— Sentándose en el balde) Recibí *carta* de ¡ni hija; siguen para Bruselas.

MONTEIRO Eso es luna de miel, ¿eh?

ESTELA — Tan rica ella. Aunque es una criatura. En la iglesia *parecía* que estaba de comunión. Era una virgencita cuando venía entrando.

DIRECTOR — Toda mi vida quise ir a Europa ahora.., ayer le decía a mi mujer: leyendo las cartas de Ana María estoy haciendo el viaje que siempre soñé.

ESTELA —Pasan por Venecia, ¿No? ¡Dicen que es tan romántico!

DIRECTOR — Van a hacer exactamente, el viaje que planeamos mí mujer y yo. ¡Es una alegría tan grande! De noche le leo toda la colección de cartas a Isabel y al final se escapa siempre el mismo comentario: ¿que me decís el viaje que estarnos haciendo, vieja? (ríe y estornuda. José Luis suena el clarinete. Para sí) ¡Qué lindo viaje! (Se ha levantado y el balde le dibujo un redondel blanco en el sobretodo).

ESTELA — ¡Qué día tan espantoso! ¿Falta mucho?

DIRECTOR — Minutos, poco más de un cuarto de hora. Cumplimos el horario hasta las cinco y media, no más.

JOSÉ LUIS — ¡Pero yo quedé con Esteban en que venia a las seis!

DIRECTOR— Hace demasiado frío y cuando empiece a oscurecer no habrá luz. Ahora oscurece temprano.

JOSÉ LUIS — (A Ema) Tengo que esperarlo. Es por lo del Registro, imagínate.

ESTELA — Tengo los pies helados, yo.

MONTEIRO — No puedo explicarme por qué hace tanto frío ahora. Antes no había días así. ¿Me permite?

(Le pega en el trasero al Director para limpiarlo). Está sucio de cal. (Pausa).

DIRECTOR — Monteiro, me gustaría hablar con usted, Ahora o más tarde...

MONTEIRO — ¿Algo del trabajo, señor?

DIRECTOR — No, ¿que se puede hablar de eso? Es un. .. asunto personal

CRITICO — (Entrando) Me dijeron en la casilla del frente que ustedes son los de la Biblioteca..

DIRECTOR — Si señor somos nosotros.

CRITICO — ¡Podían haberme avisado! El encargado, ¿está? ¿dónde está?

DIRECTOR — Yo soy el director.

CRITICO — Manuel Jiménez. mucho gusto.

DIRECTOR— Encantado.

CRITICO — Necesito consultar las manuscritos de Bartolomé Hidalgo; ¿están aquí?

DIRECTOR — ¿Aquí? Usted ve.

CRITICO — Tienen que estar señor; ¿están?

DIRECTOR — De cualquier mudo Hidalgo es autor publicado. Los

manuscritos son algo...

CRITICO — Busco mucho más de lo que usted se piensa. ¿Están?

DIRECTOR — Aunque estuvieran, en este momento... póngase en nuestra situación.

CRITICO — ¿Debo interpretar que el material fue destruido por desidia o meramente arrumbado a la marchanta?

DIRECTOR — Bueno, señor, No se ponga así. Los libros fueron, es decir, se depositaron o fueron llevados al Galpón

Oficial N° 1, en el saladero del Puerto, porque ahora...

CRITICO — Abrevie. ¿Están los materiales que busco o no están? Y si están, ¿dónde?

DIRECTOR — Si usted me dejara explicarle, señor.

CRITICO — Sucede que no necesito explicaciones, necesito los originales de Hidalgo. Esta consulta es vital para mí.

MONTELRO — El primer tipo que se preocupa por la biblioteca en los últimos seis años, ¿Qué me dice Estela?

DIRECTOR — Si usted acompañara mi pensamiento... El galpón no está habilitado todavía. Los cueros salados, como creo que les expliqué a los muchachos, les conté ¿no es cierto?, los cueros salados salieron ya, pero queda la lana (se sonríe). No hay sitio ni para nosotros. Por ahora caben los cajones de libros y los fardos de lana, nada más. Hasta el próximo embarque. Cuestión de días.

CRITICO — Pero yo tengo entre manos un descubrimiento que vale, cualquier cosa. ¿Se da cuenta?

DIRECTOR — Claro que si. Me hago cargo perfectamente, cómo no.

MONTEIRO — Hacia años que no venia un cargoso de éstos.

CRITICO — ¡Es algo increíble! Sigue en babia. ¿Recuerda aquel cielito que empieza: “los chanchos que Vigodet ha encerrado en su chiquero?”

DIRECTOR — Me acuerdo., Si, señor... “Bailan al son de la gaita

CRITICO — Bueno, pues a mí me consta que Hidalgo escribió sumos que Vigodet ha encerrado en su chiquero.

DIRECTOR — ¡Ah! y para eso... necesita.

CRITICO — ¡Se da cuenta! Tengo ofrecido el artículo a la “Alfa and Omega review of the Iowa University”. Como usted sabe, soy el único estudioso del país con el cual mantienen correspondencia. Hace catorce años que me dedico a estudiar la poesía de Hidalgo entre 1808 y. 1813.

DIRECTOR — Bueno, si hace catorce años que estudia esos cinco años, ahora podrá esperar unas semanas. La sala de lectura no existe en este momento. Le pido que trate de comprender.

CRITICO — ¡Yo no comprendo eso ni ninguna otra cosa, señor! ¿Cómo tengo que decirle que voy a cambiar para siempre un verso de Hidalgo? En Iowa mi descubrimiento va a caer como una bomba. Creen que nuestra poesía es ramplona y analfabeta, pero si cambiamos la palabra ordinaria “chanchos”

por el término culto “sumos” y sobre todo: ¡si lo probamos’ ¡Ah!... entonces se deduce a fortiori que Bartolomé Hidalgo fue un poeta ilustrado y lúcido y no un guitarrero alegrón y francachote. El cambio de chanchos por sumos me puede valer, perfectamente, el título de “Çellow” de la Iowa University.

DIRECTOR — Puede estar seguro de que lo comprendo en la forma más cabal, pero para mí sería un placer si usted comprendiera a su vez que nuestra situación...

CRITICO — Pero entonces, usted no quiere... DIRECTOR — Yo, de mil amores, señor; créame; [e ruego que...

CRITICO — Permítame; esta biblioteca, ¿es pública o no? (atajando al Director que intenta hablar). Es pública. ¿Tengo yo derecho a consultar ese manuscrito? ¿Sí o no? Sí, lo tengo. No me lo puede negar. Por tanto no insista. Sepa que yo no pido. Yo exijo lo que me pertenece.

DIRECTOR — Póngase en mi lugar, señor. Comprenda por un minuto...

CRITICO —. Le prevengo además que soy colaborador de Tribuna Libre y que esta negativa suya va a ser largamente comentada en nuestras páginas.

DIRECTOR — Escúcheme una palabra señor. No puede ser que no ose ‘entienda.

CRITICO — ¡Eh! ¿Se permite insinuar que yo no. . . ¡Ah! ¡Pero es increíble, indignante, inaguantable, insólito!

INGENIERO — (Entrando) Insolente querrá decir.

CRITICO — ¿Usted quién es? ¿El subdirector?

INGENIERO — Soy alguien con muchas ganas de sacarlo a patadas, si no se va en seguida. ¿Dónde se cree que está?

CRITICO — (Con insolencia en declive) No se acalore, please. Supongo que esto es la biblioteca, ‘no?

INGENIERO — Supone mal. Esto fue la biblioteca. Ahora es la nueva construcción para el tercer comité intergubernamental de refugiados del Cercano Oriente en Lejano Oriente: CIRCOLO.

CRITICO — Pero yo creía.., el señor me dijo. Realmente nunca pensé que...

INGENIERO — (Mientras lo lleva del saco hasta la puerta) Tenemos mucho que hacer. Debo completar la demolición esta misma noche. No puedo perder tiempo. Váyase (lo echa).

DIRECTOR — Señor Ingeniero, le quiero presentar excusas... Traté por todos los medios de apaciguarlo, pero...

INGENIERO — No se preocupe. De tanto dirigir personal en obra estoy acostumbrado a esto. Fue un placer espantar ese mosquito.

DIRECTOR .— Yo se lo agradezco, señor ingeniero. Se lo agradezco roncho. Y a propósito de mosquitos. Recuerdo que una vez, en este mismo salón de la Dirección, el Subsecretario me dijo: Señor Director, el Consejo opina que su informe sobre limpieza y renovación.

INGENIERO — Bueno... . el hecho es, señor Director, que yo venía.. . usted sabe. Van a tener que dejar esta parte.

DIRECTOR — Pero nosotros no podemos.

INGENIERO — Estamos trabajando en tres turnos, tener personal inactivo porque ustedes estén aquí sería.

DIRECTOR — Nosotros tenemos que cumplir el horario, ingeniero.

INGENIERO — Pero como ya le dije ayer, ésta ya no es más la biblioteca. Es la sede del Comité Intergubernamental.

DIRECTOR — Perdóneme. En el galpón del saladero no se puede entrar porque está atascado de lana creo que hasta mañana que terminen el embarque, no se puede.

INGENIERO — Director: ésta es una obra en demolición.

DIRECTOR — Para nosotros, hasta mañana, es la biblioteca.

INGENIERO — Pero, mañana estas paredes estarán en el suelo.

DIRECTOR — Entonces nos hundiremos con el barco.

INGENIERO — No haga bromas. Y, sobre todo, so entorpezca mi trabajo. ¿Hasta qué hora insiste en quedarse?

DIRECTOR — Hasta las cinco y media.

INGENIERO — Faltan minutos. Así que...

DIRECTOR — Perdóneme. Pero los horarios son los horarios y por algo existen.

INGENIERO — Bueno... ¿me va a permitir que mientras tanto mande un par de hombres para ir levantando andamios?

DIRECTOR — Por supuesto que sí, y se lo agradezco, señor ingeniero.

¿Cómo me voy a oponer! La cuestión es hacer cosas. (Bajito) Cosas... fundamentales.

INGENIERO — (Iniciando el mutis) Además s(' van a helar, sentados aquí, mojándose.

DIRECTOR — No se preocupe por nosotros, ingeniero uno se acostumbra a la frialdad. (Sale el Ingeniero). Me hubiera gustado contarle lo del informe sobre limpieza y renovación (A Monteiro). Fue en el 29, ¿se acuerda? (Suenan en falso el clarinete)

MONTEIRO — (Impaciente) ¿Vas a terminar con ese ruido? (Pausa. Ejercicios de calentamiento. Clarinete. Conciliador) José Luis, ¿quierés jugar a la arrimadita?

JOSÉ LUIS — (Furioso) ¿Qué querés decir con eso, idiota?

MONTEIRO — Pero no te enojés! Lo digo en serio. Creíste que lo decía por... (señalando a Ema). Te digo de jugar monedas de cinco, a arrimar contra esa pared. Jugamos cuarenta veces.

JOSÉ LUIS — ¡Ah!... Eso... Esperá un momento. Juego, sí. pero esperá.

DIRECTOR — Monteiro: quería hablarle.

MONTEIRO — Sí. . . estoy a la orden, director. Pero de eso del año 29 no me acuerdo nada. Usted sabe, en esa época me sacaban de la cancha y no era nadie.

DIRECTOR — Monteiro: quería pedirle un favor, hace años que nos conocernos. Mañana es 24 y.

MONTEIRO — Sí, director...

DIRECTOR — El día que nos conocimos con mi mujer y yo..

(Entran dos obreros. Vienen conversando y riendo alegremente).

OBRERO 1 — (Interrumpiendo al director) Su me permiten... (hace levantar del banco a quienes lo ocupan y con ese tablón y los caballetes, etc, que ellos traían empiezan a armar los andamios).

OBRERO 2 — Lo que a vos te vendría bien es la vieja de los apartamentos. Tiene plata que es un desperdicio.

OBRERO 1 — ¿Cuál vieja?

OBRERO 2 — La que se vino a quejar, ¿no la viste? Tiene 32 verrugas y un solo diente. ¡Y qué pulmones!

Estuvo un cuarto de hora quejándose de corrido, sin respirar.

OBRERO 1 — ¿Y de qué se queja, che?

OBRERO 2 — Por lo de los bichos. Parece que fue a entrar al ascensor y se encontró encerrada con una semejante rata así que la miraba fijo.

OBRERO 1 — Y ella, ¿querés decirme para qué miraba la rata? (ambos ríen, y, más pálidamente, también Estela, Monteiro y el Director).

OBRERO 2 — Te digo. Esta demolición ha hecho un desparramo de bichos como no se ha visto. Está infestado el barrio entero.

OBRERO 1 — Es lógico. Mucho sótano con porquería.

OBRERO 2 — Cualquier cantidad. Hoy vienen los del Municipio a terminar con las ratas. Las cazan con perros, ¿sabías?

OBRERO 2 — Tengo visto, sí. Unos perros chiquitos, foxter. Están enseñados.

DIRECTOR — Monteiro; le decía que mañana es el aniversario del día que conocí a mi mujer.

MONTEIRO — Ah sí... me lo dijo, sí.

DIRECTOR — Claro. Somos amigos de hace tanto con usted,

ESTELA — ¿Festejan?

DIRECTOR — No. No' es eso. Monteiro: necesitarla cinco pesos. ¿Usted podría prestármelos? Como estamos a 2't... la fecha.

MONTEIRO — ¡Pero viejo!..., pero, señor... Para mí también, es 24. Quería jugar con José Luis la plata del ómnibus a ver si ¡e gano para un café. ¿De dónde voy a sacar cinco pesos?

DIRECTOR — Perdóneme. No debí pedirle. Le juro que no importa. Perdóneme. No debí...

ESTELA — Yo le puedo prestar, Director.

DIRECTOR .— No, por favor, señora..., no faltaba más.

ESTELA — Ahora, no necesito. Lo digo en serio, no necesito. (Empezando su llanto). ¡Si supiera hasta dónde no necesito tener dinero, ahora!

DIRECTOR — Es que no sé si debo.

ESTELA — Feliz de usted que tiene a quien regalarle algo (le da usa billete y se suena la nariz).

DIRECTOR — Gracias. Es por la fecha, quería comprar dátiles. A los do, nos gustan los dátiles. Tendría que hacerle unos versos a ese hermoso espíritu

suyo, tan generoso, Estela.

ESTELA — Por favor...

DIRECTOR — Aunque no sé. Ahora la gente se ríe de quienes hacemos versos. ¡Todo es tan materialista!

MONTEIRO — ¡En mi época se jugaba por la camiseta!

DIRECTOR — En cuanto me jubile y tenga tiempo, esté segura, termino mi libro “El héroe del Oboe”. Quiero que sea un himno en favor del espíritu y en contra del materialismo. Si no me hubiera entregado al trabajo ya lo tendría terminado. Entre estas paredes’ dejé mi vida. Pero ahora cuando me jubile va a ser diferente. Estoy seguro. Entonces sí, voy a empezar a trabajar fuerte,

ESTELA — El primer día que vine a la biblioteca, usted me dijo versos, Y eso que este salón estaba lleno de gente. ¡Eran tan lindas sus poesías!

MONTEIRO — ¡Pobre Martínez! A él también le gustaban. Sabía cantar cientos de versos, de cualquier murga. Y hasta inventaba. ¿Se acuerdan? (canta desganadamente) La biblioteca, mamá, se va a mudar... (Pausita).

OBRERO 1 — Si se corren un poco (Hace mover nuevamente a los de la biblioteca que andan desvalidos contra las paredes como los condenados a fusilamiento. Se oyen ladridos, en segundo plano).

OBRERO 2 — ¿Oíste? Llegaron los perritos. Cuando empiecen con las ratas nos acercamos. Son notables estos foxtes. Un par de saltos, las acorralan y. .. crac. A los de la biblioteca) Me hacen el favor... pónganse más allá, más allá, pasen (los acorrala).

JOSÉ LUIS — ¿Jugamos, entonces?

MONTEIRO — Con moneditas de cinco (Se apartan disponiéndose a jugar contra una pared). ¿Que te dio con el clarinete?

JOSÉ LUIS — Era de mi abuelo. Soplando por aquí el viejo crió siete hijos y todavía dejó una casa propia. ¿Qué me decís?

MONTEIRO — ¿Y vos querés soplar... y hacer botellas?

JOSÉ LUIS .— Estoy aprendiendo porque soy ambicioso. Tengo un tío que conoce al director de la Banda Municipal... De repente, dentro de unos años, con un poco de suerte...

MONTEIRO — Más bien con mucha suerte..

JOSÉ LUIS — Y... de algo hay que agarrarse si uno quiere progresar, si tiene ambición.

MONTEIRO — Claro. Y vos te agarrás de eso, corno a un clavo ardiendo. Y tenés razón. Mirá si no parece sin clavo. Bruto clavo grande así.

JOSÉ LUIS — ¿Qué querés? ¿Que me quede aquí, como vos? Esto es la muerte, viejo.

MONTEIRO -..— Y la banda, ¿qué te crees que va a ser? La misma muerte pero con soplido (hace una trompetilla). Brrrr.

JOSÉ LUIS — Tirá de una vez, hacé el favor.

EMA — ¿Falta mucho para irnos?

DIRECTOR — No. Unos minutos. Unos minutos y volvemos a casa. (Pensando para sí). A Isabel le habrán dado la inyección. Aunque ayer no fue el

practicante. Hasta hoy nunca había pensado que iba a vivir mi vida entre estas cuatro paredes. Todos los días de mi vida. viniendo a este mismo lugar, viendo a esta misma gente. ¿Y para qué? Pienso que todo fue para nada. O mejor: pienso que todo fue nada, absolutamente nada. Un juego, una manera de entretenerse y hacer pasar el tiempo hasta que uno mismo se termina aunque el tiempo siga. Nos vamos hoy, voltean los ladrillos y no quedo ni rastro de tantos días. Es así. Mis años no sirven ni como cascote; no quedan en este lugar, ni los escombros de mí mismo. El primer viento se lleva el aire que respiré y no queda nada. Debería escribir sobre esto.

ESTELA — Pobre Martínez. Tuvo un velorio precioso. Como hacía calor estuvimos en el jardín. ¿Te acordás, Ema? Yo estuve con Claudio. ¡Qué hombre tan atento! Ni lo conocía al finado Martínez pero estuvo toda la noche y creo que hasta lloró para hacerme feliz. ¡Fue tan lindo ese velorio!

EMA — Debí ponerme medias de lana. Está haciendo un frío horrible y empezó a lloviznar, ¿por qué no nos vamos?

DIRECTOR — Falta poco (Estela abre el paraguas y bajo él se guarecen el Director, Estela y Ema). Falta poquito, ya. Es lindo cumplir el horario. Antes me incomodaba, pero desde hace unos años, es como un des. canso. Uno sabe que sale a tal hora de la oficina y que hasta ese momento no tiene nada de qué preocuparse.

JOSÉ LUIS — Ganás siempre, che. (Protestando).

MONTEIRO — Es que yo juego con ganas y vos estas pensando en otra cosa.

(Se oyen ladridos en segundo plano. Salen los Obrero,~1.

OBRERO 2 — (Saliendo) Empiezan. Apurate, vas a ver qué espectáculo.

EMA — José Luis: si perdés. no juegues.

JOSÉ LUIS — ¡Pero Ema!

MONTEIRO — Tirá.

JOSÉ LUIS — (A Ema) Otra tirada y nada más. ¿eh? Otra sola.

EMA — Siempre hacés lo que querés.

JOSE LUIS — Pero nena, una solita.

EMA — Hacé como quieras, porfiado.

JOSE LUIS — Pero Paloma.. . Es que él ya tiró.

MONTEIRO — Dale, che.

JOSE LUIS — Ésta sola, amor. ¿Te enojás si tiro?

MONTEIRO — Dale.. . No seas infeliz.

EMA — Siempre sos el mismo. Además te estás mojando. Vení aquí.

JOSÉ LIÁIS — (Tirando de cualquier trianera) Gallaste también ésta. No juego más.

MONTEIRO — Ni a esto, ni a nada más jugás vos, de aquí en adelante.

EMA — Háblale ahora. Dale. Dale.

JOSÉ LUIS — Director: ¿conoce al doctor Sony Terra, el del Registro?

DIRECTOR — Lo conozco, sí. Es sobrino de Izaguirre, aquél que fue secretario general. Fue el mismo que me nombró director aquí. Un hombre

extraordinario. Cuando me dijo que salía mi nombramiento casi le doy un abrazo. Fue el momento más feliz de mi vida.

EMA — ¿Si le pudiera dar una tarjeta para Sony Terra, a José Luis?

DIRECTOR — Se la doy, claro, pero ¿para qué?

JOSÉ LUIS — Hay una vacante en el Registro y yo quisiera ver si.

DIRECTOR — ¿Quiere cambiar?

EMA — Son veinticinco pesos más.

JOSÉ LUIS — . . . En realidad es por ahora. Soy un poco ambicioso. Pienso hacerme músico y entrar en ¡a Banda Municipal.

DIRECTOR — ¿Y la antigüedad?

JOSÉ LUIS — Es que hacen fuerza veinticinco pesos al mes, director. Y es para... quiero casarme.,.

DIRECTOR — ¿Cuánto hace que entró a la biblioteca?

JOSÉ LUIS — Unos catorce o quince años, pero ahora...

DIRECTOR — ¿Qué me dice? Tiene quince años de antigüedad ¿y los va a cambiar por 25 pesos?

ESTELA — ¿Es tan importante la antigüedad?

DIRECTOR — ¿Usted habla de antigüedad? No, no lo interprete así, no quise decirle vieja, todo lo contrario. Pero es sorprendente que ustedes no hayan visto que nosotros los funcionario, somos como las momias Cada uno de nosotros vale según la cantidad de tiempo que tiene encima.

EMA — Pero nosotros, Director, con veinticinco pesos más, podríamos casarnos...

MONTEIRO — ¿No ve que ¿1 tiene cara de pera madura? Quiero decir: de persona madura.

EMA — ¡Antipático!

DIRECTOR — La antigüedad es lo más importante. Una momia fresca no vale nada, en cambio si un ser vivo se va envolviendo con metros y metros de vendajes y rutina, si durante años se ha cocinado a trámite lento, hasta que el aburrimiento y el cansancio le sazaron bien la carne, entonces, ya es diferente, ya hay mérito para ascender.

JOSÉ LUIS — Pero, señor, eso es pos- ahora. Es decir: después, cosa el clarinete... si tengo suerte...

DIRECTOR — La antigüedad es un licor sutil que lentamente nos va embalsamando; porque no se logra en un día que el sueño de la indiferencia empiece a correr por nuestras venas y es más largo aún el camino a recorrer hasta el descanso total, hasta lo que llamo el éxtasis administrativo. Es cierto, existen seres extraordinarios que a los pocos meses del nombramiento ya han logrado momificarse por completo, pero no es lo normal.

JOSÉ LUIS — Pero yo... señor..., quiero casarme...

DIRECTOR — Créame, muchacho: el hombre necesita cierta antigüedad para llegar a ser un jubilado sin jubilarse. El término medio son cinco años. ¡Ah! ¡Y qué hermosa es esa situación! Es tan hermoso tener antigüedad. Se esté en casa o en la oficina, ya nada importa; se vive protegido del mundo y sus

reclamos; se vive maravillosamente protegido bajo la octava maravilla del universo; las pirámides de papel; custodiado por la impenetrable esfinge de los reglamentos, se vive gozando como un faraón en un sarcófago de jerarquía presupuestal donde para siempre se descansará en paz, aunque falten veinte años para jubilarse.

OBRERO 1 — (Entrando con Obrero 2) ¿No te dije que eran una maravilla esos perritos? No dejan ana, las acorralan y... crac... .. (a los de la biblioteca). Ahora, si, tienen que irse porque van a caer cascotes.

DIRECTOR — Es la hora. Las cinco y veintiocho. Podemos irnos.

JOSÉ LUIS — Yo tengo que esperar a Esteban por lo del Registro.

EMA — ¿Y yo? Estoy muerta de frío, José Luis.

JOSÉ LUIS — Espérame en tu casa. Voy en seguida, ni vida. Le habla dicho a Esteban que pasara a las seis, ¿sí? (se toman de la mano y se miran por un instante).

EMA — Mirá que te espero en seguida, ¿eh?

(Se oyen ladridos en primer plano que se repiten en tíos o tres oportunidades).

ESTELA — Y mañana ¿Venimos aquí?

DIRECTOR — Bueno... si está habilitado el galpón cumplimos el horario allá y si no, aquí mismo.

JOSÉ LUIS — ¿Y cómo sabemos?

DIRECTOR — Será cuestión de ver en los diarios.

MONTEIRO — ¿Usted cree que se van a ocupar de eso?

EMA — ¿Le preguntamos a usted por teléfono, antes de salir?

DIRECTOR — ¿Cómo quiere que yo lo sepa? Lo mejor va a ser ir al saladero del Puerto a la una en punto y si no nos dejan entrar, venimos para aquí.

ESTELA — Ojalá que mañana no llueva. ¡Andar de un lado a otro con este tiempo!

(Salen el Director, Estela y Ema protegiéndose bajo el paraguas. Monteiro un poco más atrás se levanta el cuello).

MONTEIRO — ¿No venís?

JOSÉ LUIS — ¿No te dije? Espero a Esteban.

MONTEIRO — (Irónico) Vos vas a llegar lejos. ¡Cómo no! (Sale).

(José Luis se sienta en el tablón y comienza a intentar su fracasada escala musical. Caen cascotes sobre los montones de arena. De pronto estalla la banda con una cortísima melodía. Al terminar se oye la voz del orador en segundo plano, invisible).

ORADOR — Señor Secretario suplente con rango de Inspector interino semanal, Excelentísimo señor embajador de la República de Oslibrón; señor Ministro de Calachín y Medio Fango Meridional, señoras y señores: colocamos hoy la piedra fundamental para la nueva sede transitoria y protosil del Comité Intergubernamental de Refugiados de Cercano Oriente en Lejano Oriente: Circolo. Y así, como un perfecto círculo, como un dondín del ajó con belecós trabancados, así, coletumyendo el botón de la menotropalática, sin profanarlo ni

besopirlo, así, sopamente, este viejo sueño se desmirra en el exclemín floral de esufracias y nastrofiás.

Señores, seamos armectos y llegaremos a ser camelitos Oh, Grobes! Será por esta senda, si la milledimos, que se logrará la gros de calanamas columida y mejor camanótica. Estoy sólido. Porque no es en saco roto, podéis estar vacuitos, no en rato seco donde catequinde emular, según pienso, los colocunques cabanatos tan irrestriditos por la inanición del antrobar! ¡No! No lo es ni lo será para quienes han sido los marcotes catáreos de la cimbratrapalética; y es por eso que habrán de fosferizarse indefectiblemente. Digamos, pues, franca y desinchadamente, digamos con enviación pilardético y glosando el manda de la casillona en su frusla inmortal, digamos: hermanos: con Círculo fútico, no minda, ni monde, ni pende! He dicho.

(El discurso termina con una breve ovación que se acalia. José Luis ha seguido y sigue sus intentos en pos de la escala inalcanzable. Caen las primeras sombras de la noche y vuelve a llover).

OSCURIDAD

Castello Rosso, julio 1957.